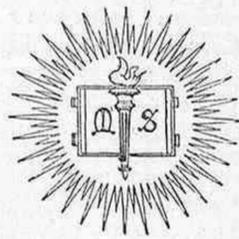


# La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXIII

← BARCELONA 15 DE AGOSTO DE 1904 →

NÚM. 1.181

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MARGARITA, escultura de Juan Dammann

(Exposición Internacional de Bellas Artes de Dusseldorf)

## SUMARIO

**Texto.**—*Crónica de teatros*, por Zeda. — *El pobre del arpa*, por Juan Téllez y López. — *Monumento á Pasteur*, por Falguiere. — *Argentinas ilustres. Albina van Praet de Sala*, por la Baronesa de Wilson. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa. Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Misia Jeromita*, novela ilustrada (continuación). — *Federico Chopin*, por Enrique de Curzon. — Libros recibidos.

**Grabados.**—*Margarita*, escultura de Juan Dammann. — Dibujo de Sardá que ilustra el artículo *El pobre del arpa.* — *Entre abetos*, cuadro de la Srta. D.<sup>a</sup> M. P. Carpentier. — *Monumento á Pasteur*, obra de Falguiere. — *Albina van Praet de Sala.* — *Guerra ruso-japonesa. Residencia de la Administración civil en Niu-Chuang.* — *Cuarteles rusos en Niu-Chuang.* — *El cuerpo científico japonés marchando hacia el teatro de la guerra.* — *El sitio de Puerto Arthur. Los japoneses ocupando un fuerte situado delante de dicho Puerto.* — *Ingenioso sistema de cruzar un río que en algunas ocasiones han empleado los rusos.* — *Vista de la ciudad de Liao-Yang.* — *Wenceslao Constantinovich de Plehwe.* — *Mascarilla y retrato de Chopin.* — *Monumento á Chopin.* — *Velada agradable*, cuadro de Domingo Fernández y González. — *Junto á la chimenea*, cuadro de María Young Hunter.

## CRÓNICA DE TEATROS

Estos meses estivales, de descanso para unos, de viajes y excursiones para otros, y para casi todos de vagancia y de *dolce farniente*, son también los meses de los grandes proyectos que debieran convertirse en realidades allá para el invierno y que casi siempre quedan para las calendas griegas. En España todo está en proyecto: proyectóse la reorganización del ejército y de la armada, la reforma de la enseñanza, el saneamiento de la moneda, el concordato, la gran vía de Madrid..., pero al fin y á la postre nada ó muy poco ha de hacerse. Y si no, al tiempo. En cambio se fantasea, se declama y se disparata sobre todo lo divino y lo humano..., y vamos viviendo.

Esta ley del carácter nacional se cumple también en lo relativo al arte dramático. Si las obras anunciadas en el verano se representasen en el invierno, saldrían los teatros á estreno por semana. Pregúntese á los autores más en juego si tienen escritos dramas y comedias para la próxima temporada, y doble contra sencillo apuesto á que el que más y el que menos contesta que ha acabado ya, por lo cortó, media docena de obras... Lo que, en efecto, tienen acabados son los títulos. Cuando llegue la época de estrenar las comedias prometidas, los susodichos autores irán entregándolas por actos á las empresas. Ocasiones hay en que se ensayan las obras cuartilla por cuartilla conforme las van sudando los autores..., y así salen ellas. Nada improvisado suele tener consistencia artística, pero la tienen mucho menos, ó carecen completamente de ella, las obras dramáticas que se escriben por el procedimiento indicado y á salga lo que saliere. Los dramas aquellos de Lope que en veinticuatro horas pasaron de las musas al teatro, son de los que nadie lee. No obstante ser su autor el *Fénix de los ingenios*, fueron olvidados tan pronto casi como nacidos. «El tiempo—se ha dicho—sólo respeta lo que se hace con su concurso.»

Quizás un epigrama, una copla, un madrigal, hasta una oda, puedan salir perfectos, y según suele decirse, de un tirón. Al fin y al cabo tales obras, por su corta extensión, pueden nacer al calor de la inspiración, estado fugitivo del alma en que ésta se encuentra, momentáneamente, en plena posesión de sus facultades. Pero el drama, por sus dimensiones, por la suma de observación que requiere y por las exigencias de su plan, sometido á las leyes de la representación, aunque refleje inspiración en alguna escena, en algún parlamento ó réplica, es, en general, fruto de la meditación y del trabajo paciente de la inteligencia, acompañada, es claro, de las necesarias dotes artísticas.

En otro tiempo, principalmente en el período del romanticismo, el que era poeta como Zorrilla ó García Gutiérrez triunfaba del público con la magia, entonces omnipotente, de la poesía. ¿Qué espectador no se entregaba ante aquellas tiradas de hermosos versos en que desde el galán hasta el último racionalista derramaban todo género de imágenes y flores poéticas? Aquello podía ser y muchas veces era improvisado. Zorrilla escribió *El puñal del godo* en una noche. Pero estos tiempos del lirismo en la escena han pasado: la producción escénica contemporánea es cada vez más tendenciosa, reflexiva y filosófica. En toda obra moderna de importancia se trata de plantear, y á veces hasta de resolver, un problema; y siendo esto así, el autor no puede abandonarse á la corriente de la inspiración, sino que ha de someterse á la lógica de la exposición y demostración de la tesis. Yo no digo que esta manera de entender el arte sea buena ni mala; pero sí que es condición de la dramática moderna.

Dado este carácter del teatro contemporáneo, no es fácil que nuestros autores, á pesar de sus prome-

tas, tengan, como el estudiante gallego, llenas de obras dramáticas sus alforjas. Tampoco es posible, si aquéllas han de ser viables, escribirlas como á jornal para las empresas y echándolas en el tablado escena por escena. Tal modo de hacer comedias podrá ser muy industrial, pero es muy poco artístico.

Hoy, por desgracia, domina la industria sobre el arte. Muchos escritores que tienen admirables dotes para otros géneros, pero á los cuales no llama Dios por el camino del teatro, «cogen y se hacen» autores dramáticos, atraídos por el imán de la taquilla. A un autor de estos le oí decir en cierta ocasión la siguiente herejía artística: «No sabe uno qué darle al público.» Como si la producción artística hubiera de sujetarse al capricho de la muchedumbre; como si la misión del autor fuera adular las aficiones momentáneas de la multitud. No; el verdadero artista no debe pensar en lo que al público le gusta, sino en lo que le gusta á él: sus ojos deben mirar tan sólo la belleza, que como él acierte á interpretarla en sus obras, el público habrá de admirarlas y aplaudirlas. El autor debe ir delante, no detrás de la muchedumbre: él dicta la ley, no la recibe. Eso de halagar los viciados gustos de la multitud dándole lo que su paladar estragado pide, lisonjeando sus extraviadas pasiones y explotando su mal gusto, es propio de mercaderes sin conciencia, no de verdaderos artistas. Los que de tal manera prostituyen su talento se parecen á esos desalmados negociantes ingleses que venden opio á los pobres chinos, sabiendo que el opio entontece y mata.

Pero dejemos á un lado estas reflexiones, por las cuales pido perdón, y echemos una ojeada sobre la vida de los teatros, asaz trabajosa, durante la presente temporada.

Para encontrar algo que merezca la pena de ser consignado aquí, hay que apartar la vista de la corte, en donde solamente se sostiene con alguna fortuna, por razones más bien climatológicas que artísticas, la compañía de opereta de los Jardines del Buen Retiro. La poca gente á quien el calor y la moda no ahuyentan de la capital de España busca en los Jardines, más que emociones estéticas, aire fresco y respirable. Lo de menos allí es lo que pasa en el escenario. Esto lo sabe la empresa y saca de ello el mejor partido.

Los otros teatros que aún funcionan al escribir estas líneas (el Lírico y Apolo), cerrarán pronto sus puertas, y Madrid, según hace notar Alejandro Miquis en *El Diario Universal*, no tendrá más sitio de honesto recreo que los Jardines..., y eso la noche que no llueva.

Esto, en efecto, no se ha visto nunca; el año que menos, ha tenido el público madrileño para su pasatiempo y regocijo media docena de teatros abiertos, y todos, como dice el citado escritor, cubrían desahogadamente sus gastos y algunos hasta realizaban considerables ganancias.

¿De qué depende cambio tan notable? En rigor, de que el veraneo, facilitado por la relativa baratura de los trenes, es causa de que se ausenten de Madrid dos terceras partes por lo menos de las personas que asisten á los teatros. ¿Quién, teniendo ó pudiendo agenciarse mal ó bien unas cuantas pesetas, se resigna á permanecer en este pueblo, que alguien llamó Villafrita? Al ver casi vacíos los cafés, desiertos los paseos, cerrados los establecimientos de enseñanza, en cuadro las oficinas del Estado, suspendida, en una palabra, toda actividad, ¿ha de maravillarse de que falten espectadores en los teatros? Para las exigencias de la población pagana que soporta valientemente en Madrid temperaturas tropicales, basta y sobra con los Jardines del Buen Retiro. Los demás teatros, y buena prueba de ello es la anunciada clausura del Lírico, no logran atraer á los espectadores, entre otras razones por la razón aplastante de que no los hay. El dinero que pasaba antes á los bolsillos de las empresas se escapa ahora de Madrid en los trenes botijos.

Por esta razón se ven también obligados los cómicos á *veranear*, acudiendo, como es lógico, allí donde pueden conseguir honra y provecho. Las compañías que «hemos disfrutado y padecido» durante el invierno—que de ambas cosas se dan casos,—andan ahora por las playas de moda exhibiendo sus productos artísticos.

Algunas de estas compañías no limitan sus excursiones á la península: se meten en un transatlántico, como cincuenta años ha se metían en una galera acelerada, y se van á América, como entonces se iban á Guadalajara ó Toledo.

Sabido es que los de Lara, siguiendo el ejemplo dado en años anteriores por las compañías de María Tubau, María Guerrero, Carmen Cobeña y Rosario Pino, en cuanto dieron fin á la temporada de invierno, cruzaron el Atlántico y llegaron á las playas de

la América del Sur. Actualmente actúan en el teatro del Odeón de Buenos Aires, en donde obtienen los aplausos y agasajos que en realidad merecen.

Quizás la única compañía de actores españoles que en su género puede competir con las mejores del extranjero, es la de Lara. Las demás que por aquí funcionan suelen tener uno ó cuando más dos artistas notables, rodeados de comparsas, cuya sola misión consiste en hacer que resalten las figuras de la actriz ó actor notable: semejante á esos grupos abocetados que forman el fondo de los cuadros. En Lara, por el contrario, cada artista es una personalidad. La Valverde, la primera característica de nuestra escena; Matilde Rodríguez, una de las mejores actrices que yo he conocido; Conchita Ruiz, graciosísima ingenua; Clotilde Domus, de tan gentil talle como artístico talento; Rubio, Santiago, Rodríguez, sin rivales los tres en lo cómico de buena ley, constituyen un conjunto excelente, una compañía admirable que honra al arte escénico español.

No es, pues, de extrañar que el público y la prensa bonaerense colmen de elogios á nuestros actores de Lara. Véase en prueba de ello lo que escribe *La Revista de la Asociación Patriótica Española*, titulada *España*: «El crédito de que venía precedida la compañía de Lara ha sido ratificado y ampliamente confirmado por el público más exigente en materia de arte representativo moderno. Los artistas pueden llevar esa íntima satisfacción como resultado de su visita á Buenos Aires. Son los suyos laureles bien ganados, porque la compañía de Lara ha actuado aquí en una época difícil, en que ha tenido que disputar á eminencias italianas en el arte lírico y dramático la presencia á sus veladas del público selecto que acude á tributar espontáneos aplausos á la elegancia y la verdad en la escena.»

Mientras las estrellas teatrales desarrollan su órbita veraniega por las playas de moda ó por las grandes ciudades de América del Sur, los cómicos sin contrata, los que forzosamente holgazanean por la calle de Sevilla con la esperanza, casi siempre engañosa, de que aparezca ante sus ojos el deseado «caballo blanco», organizan sus expediciones, casi siempre desastrosas, por los pueblos inmediatos á Madrid, recorriéndolos ni más ni menos que la gente de la carátula que tripulaba el carro de *Las cortes de la muerte*, con la cual gente hubo de toparse D. Quijote, con no muy buen suceso ni para él ni para Sancho.

En efecto, por más que parezca extraño, aún existen los cómicos de la legua, y sus aventuras, ó mejor dicho, sus desventuras, difieren poco de las que narró Rojas en su *Viaje entretenido*. La necesidad y á veces hambre más que calagurritana reúne, como en apretado haz, á unos cuantos cómicos, los cuales, puesta en Talía su confianza, se lanzan heroicamente á realizar su artística peregrinación. ¿Quién podrá referir sus malandanzas, sus ayunos forzosos, sus descabros y hasta sus descabraduras, ganado todo ello en buena lid en los coliseos de Zamarramala ó Villabrutanda?

No ha mucho he tenido ocasión de encontrarme en un pueblo perdido entre los riscos de la Sierra con una compañía de cómicos trashumantes: eran seis, tres hombres y tres mujeres, una de ellas en estado interesante, ó para hablar con más propiedad, interesantísimo, lo que no impedía á la pobre mujer cantar y hasta bailar los atrevidos tangos de las zarzuelillas de moda.

Y lo peor de todo era que el poco público que acudía á ver las habilidades artísticas de aquellos desventurados, en vez de dejarse amansar como las fieras por los cantos de aquellos Orfeos errantes, la emprendían con ellos á silbidos intercalados de las frases más pintorescas del vocabulario popular. Ellos es cierto que no eran grandes artistas; pero tampoco el público se componía de intelectuales.

Al fin los pobres bohemios comprendieron que no se hicieron las mieles artísticas para la boca de aquellos rústicos, y una mañana del mes de julio, bajo los rayos de un sol mucho más brillante que el de la gloria, echaron á andar por la polvorienta carretera con sus respectivos equipajes al hombro—equipajes que, por fortuna en aquel caso, cabían holgadamente en sendos pañuelos de bolsillo,—y se alejaron en busca tal vez de nuevas desdichas... Todavía al pasar junto á una viña en que cavaban algunos campesinos fueron saludados con silbidos y dicharachos.

¿Después? ¿Quién lo sabe! A vagar de aldea en aldea, comiendo por casualidad, durmiendo en los pajares, ó como dicen los franceses, *á la bella estrella*, para regresar después extenuados, pero no desengañados, á la calle de Sevilla, puerto de refugio para todos los naufragos del arte escénico, á esperar la ansiada aparición del caballo blanco.

ZEDA.

EL POBRE DEL ARPA

I

¿Por qué se detenía tanto Daniel en aquel rincón del mundo, en aquel pueblecillo de la sierra que, si no era desconocido en absoluto, tenía que agradecerlo á la casualidad de que la carretera pasara por medio de su casi única vía? Esto es lo que se preguntaba el fiel de fechos de aquel lugarejo y el problema que planteaba ante sus contertulios, de noche, en el figón, entre vaso de vino y brisca, sin que nadie pudiera descifrar el enigma.

La cosa, en efecto, no podía ser más extraña. Daniel—nadie sabía su apellido—era un pobre muchacho, flaco de cuerpo y mal vestido, que con su arpa al hombro, un instrumento desven- cijado y viejo, había salido de Almería, su pue- blo natal, solo y sin un céntimo para *ver mundo*, como él decía, y ganarse la vida con las melo- días que arrancaba á su inseparable compañera, el arpa. De pequeño, había trabajado en las min- as, recibiendo por todo salario un mendrugo de pan de cuando en cuando y algún puntapié de su padrastro que, no contento con beberse lo que Daniel y su madre ganaban, los maltrataba horriblemente, riéndose de sus gritos de dolor y burlándose de su llanto. Pero cuando quedó

solo á consecuencia de un mal golpe del padrastro que le condujo á presidio y á su madre al cementerio, fué recogido por un viejo italiano que tocando el arpa pedía limosna, y que, á cambio de su ayuda en la re- busca de las almas caritativas, le enseñó á leer, á mal escribir y á tocar algunas melodías en el instrumento, que, por fin, le dejó al morir. Entonces examinó su con- ciencia, y viendo que en adelante no podría sujetarse á un patrono, ni á un trabajo metódico, tomó un día la carretera de Madrid, y en cuanto llegó á un pueblo, bus- có la plaza y empezó á tocar; los mozos le dieron algu- nos cuartos, armaron baile, y al otro día se encontró Daniel con que había comido y bebido bien y tenía en el bolsillo dos pesetas.

Y esta fué su vida en adelante. Por la mañana tem- prano se ponía en camino, y en cuanto llegaba á un pueblo tocaba en la plaza; si no le hacían caso ó se bur- laban de él—que de todo había,—se marchaba en se- guida; en caso contrario, se quedaba hasta la mañana si- guiente. La máxima favorita de Daniel era: «*lo primero, no abusar,*» así es que nunca prolongaba su estancia en un pue- blo más de un día; la experiencia le había enseñado que si estaba más de veinticuatro horas, desaparecía el encanto de la novedad, la gente se aburría de su escaso repertorio y te- nía que gastar sus ahorrillos para comer, ó pasar hambre.

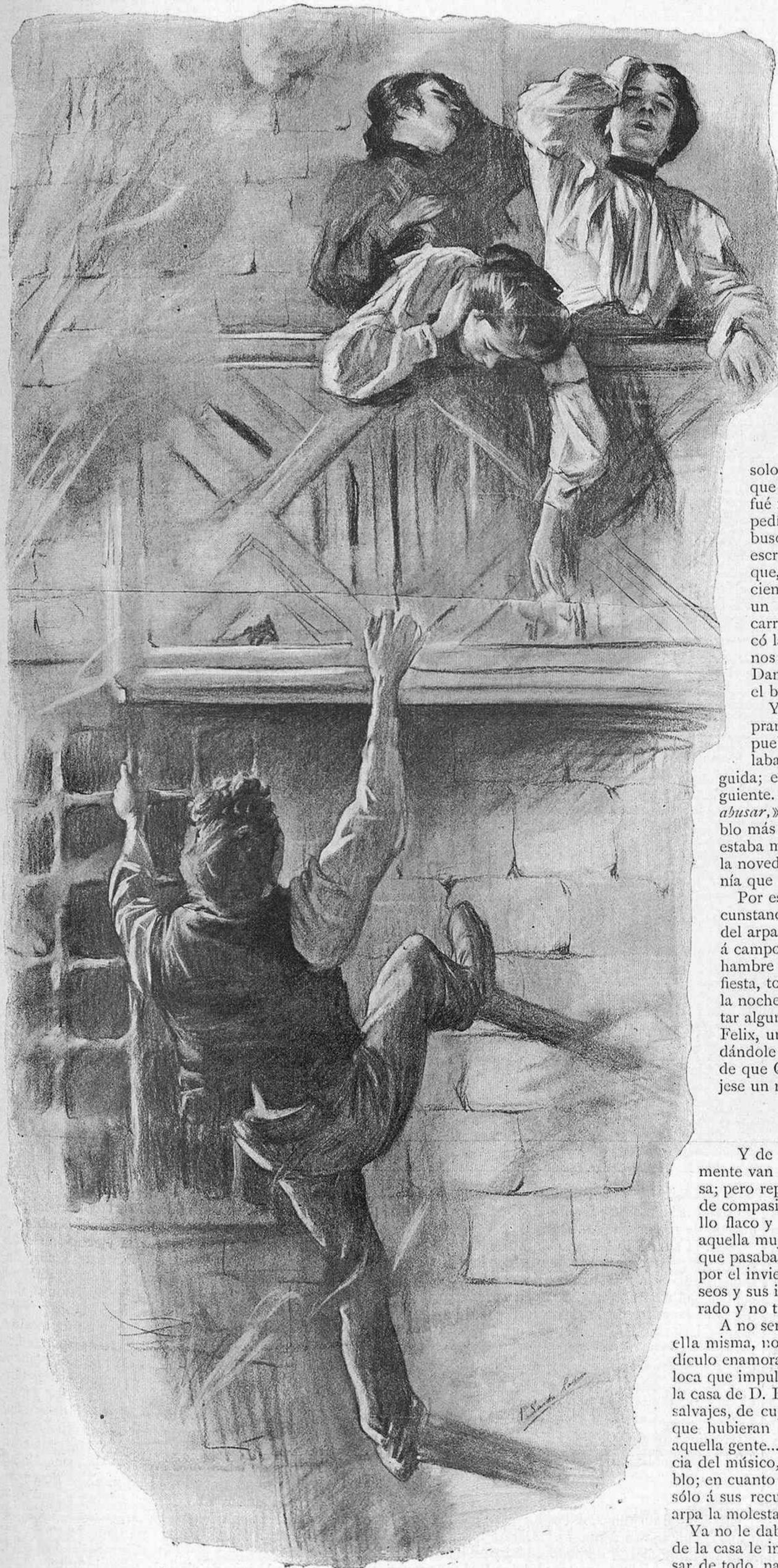
Por eso el fiel de fechos de Navafria, que conocía esta cir- cunstancia, se hacía cruces cuando consideraba que el pobre del arpa llevaba en la aldea veinte mortales días, durmiendo á campo raso, sin que nadie le diese nada, muriéndose de hambre y sin pensar en marcharse. Había llegado un día de fiesta, tocó en un baile, ¡por seis reales que le dieron!, y por la noche, gracias á la oficiosidad del secretario, fué á ejecu- tar algunas de sus composiciones favoritas á casa de don Felix, un cacique del pueblo que creyó pagar bien á Daniel dándole de cenar y proporcionándole la inmerecida honra de que Clarita, su hija, una morena hermosísima, se distra- jese un rato con las melodías del mendigo...

II

Y de esa noche databan las desdichas de Daniel. Segura- mente van ustedes á soltar la carcajada cuando les diga la cau- sa; pero reprímanse un poco, por Dios. ¡Hay que tener un poco de compasión con los pobres! Daniel, el mendigo, el hombre- cillo flaco y macilento, se había enamorado como un loco de aquella mujercita deliciosa, rica, elegante, con casa en Madrid, que pasaba el verano en la aldea, languideciendo de nostalgia por el invierno de la corte, con sus bailes, sus teatros, sus pa- seos y sus infinitas diversiones. ¡Pues sí! Daniel estaba enamo- rado y no trataba siquiera de ocultarlo.

A no ser porque los paisanos circunstanciales de Clarita, y ella misma, no podían creer siquiera en la posibilidad de tan ri- dículo enamoramiento, se hubieran dado cuenta de aquella pasión loca que impulsaba á Daniel á ponerse, no bien amanecía, frente á la casa de D. Felix y á tocar sin descanso melodías desconocidas, salvajes, de cuyo mérito el mismo autor no se daba cuenta, pero que hubieran hablado al alma á alguien un poco más culto que aquella gente... Los aldeanos se explicaban fácilmente la insisten- cia del músico, porque la casa de D. Felix era la más rica del pue- blo; en cuanto á Clarita, no trataba siquiera de explicárselo, atenta sólo á sus recuerdos y esperanzas y huyendo al jardín cuando el arpa la molestaba demasiado.

Ya no le daban limosna; los chiquillos le apedreaban, los criados de la casa le insultaban y hasta á veces le daban de palos; y á pe- sar de todo, nada le hacía desistir, ni aun la consideración de que su adorada no aparecía nunca en los balcones, mientras él se esfor- zaba en manifestarla su amor de la única manera que podía. No



Subió hasta una reja, trepó por ella y llegó hasta el balcón

trataba siquiera de defenderse; los insultos, las pedradas, los golpes de los criados, todo lo aguantaba en silencio, con paciencia, hasta con placer, como los mártires cristianos sufrían con gusto todas las mortificaciones, porque servían para demostrar á Cristo su inquebrantable amor... Por la noche compraba un pedazo de pan y un vaso de vino ó de leche, y así se mantenía, gastando poco á poco sus míseros ahorros, esperando, ¿qué sé yo?, un milagro, algo sobrenatural que le acercase de algún modo á su adorada...

## III

Y... el milagro vino. Una noche las campanas de la iglesia comenzaron á tocar á fuego, solemnemente primero, con furia creciente después, como si quisieran llamar al mundo entero para que viniera á salvar á los que estaban en peligro. Daniel, que estaba despachando su modesta cena, salió precipitadamente de la taberna y vió que un pajar situado enfrente de

ta una reja, trepó por ella y llegó hasta el balcón; cogió por la ropa á su adorada, la levantó en un supremo esfuerzo, y loco de alegría bajó con ella y la depositó en el suelo, triunfante, lleno de placer, que se le salía por todas partes. Después salvó á la anciana y luego á la prima de Clara; pero esta vez resbaló y cayó entre las llamas con la joven. A ella la sacaron casi ilesa; pero él salió desvanecido y con horribles quemaduras.

## IV

Y llegó el gran día, el día glorioso en que Daniel iba á ir, ya restablecido, por orden de D. Felix, á que Clarita le diera las gracias. El padre, agradecido, quería dar á la escena cierta solemnidad y había dispuesto que todas las personas de algún viso de la aldea fueran aquel día á su casa; Daniel había de ir á las cinco, cuando todos estuvieran; la deliciosa mujercita saldría á recibirlo á la puerta del salón y le

Lo que nadie se explicó, ni se explica todavía en Navafría, es que en la orilla izquierda del río se encontrara el arpa hecha trizas y con las cuerdas rotas en mil pedazos, como si se hubieran desgarrado á mordiscos...

JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ.

(Dibujo de Sardá.)

## MONUMENTO Á PASTEUR, POR FALGUIERE

Hasta hace poco, no había en París un monumento público que perpetuara la gloria del insigne Pasteur, el sabio eminente de fama universal á quien tanto deben la humanidad y la ciencia. Hoy al fin álzase en la plaza Breteuil este monumento, que ha sido recientemente inaugurado con gran solemnidad.

Confióse la ejecución del mismo á Falguiere, quien tuvo por colaborador al famoso arquitecto Girault, autor de los nuevos palacios de los Campos Elíseos;



Entre abetos, cuadro de la Srta. D.<sup>a</sup> M. P. Carpentier. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1904.)

la casa de D. Felix ardía con llamas voraces, que serpenteando con dantescas contorsiones, subían hasta el tejado de la casa. En los balcones de ésta, pidiendo socorro, había tres mujeres: una anciana y dos jóvenes. La anciana era la tía de Clara; una de las jóvenes era la hija de aquella señora, y la otra, ¡gran Dios!, la que más gritaba, la que pedía socorro con lamentos llenos de terror, era Clarita, la adorada, la divina, la ideal Clarita, que, por haber salido de viaje su padre, habíase quedado aquel día en casa de su tía... Los vecinos estaban consternados; pero el mismo terror que sentían les paralizaba. Frente á la casa, uniendo sus lamentos á los que exhalaban las tres mujeres, apenas se movían; y mientras, las llamas, siniestras, terribles, subían y subían lentamente, como si quisieran gozarse en el terror de las víctimas antes de aniquilarlas para siempre...

Daniel, sereno, organizó el salvamento; mandó traer escaleras, agua, todo lo necesario; empezó á dirigir los trabajos para la extinción del incendio; pero un grito supremo, horrible, espantoso, de Clara, que se había sentido tocada por las llamas, le volvió loco... Sin temor á las quemaduras y plantando una escalera al lado de aquel inmenso brasero, subió has-

presentaría como su salvador... ¡Qué hermoso, qué admirable programa para Daniel!

Pero la suerte lo dispuso de otro modo. Cuando éste llegó, era demasiado temprano; los criados le hicieron pasar á una habitación contigua para que esperara el momento de entrar en escena; y allí, anhelante, azorado, aguardando la dicha, le aplastó el rayo. Clarita hablaba en el salón y hablaba con su padre y hablaba de él, y decía, ¿qué dirán ustedes que decía? Pues esto:

—Conque, papá, quedamos en eso. Usted le paga el viaje de vuelta á su tierra y le da mil pesetas. Con eso se le paga el favor y me evito yo la molestia de oírle todos los días tocar el arpa en el mes que nos queda de estar aquí.

## V

Daniel fué un tonto, lo comprendo; pero no quiso esperar á la fiesta á pesar de las mil pesetas. Los criados no pudieron detenerle, y al otro día un barquero se le encontró en el río, ahogado. La gente supuso que quiso bañarse y por no saber nadar bien le arrastró la corriente.

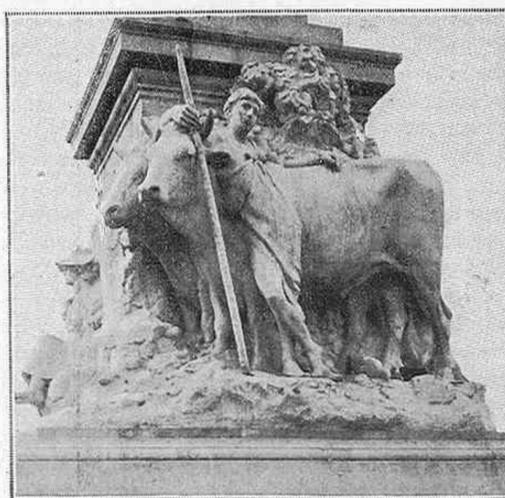
pero después de haber realizado su concepción en forma de modelo en yeso, no pudo aquel célebre escultor, muerto en 1900, realizar la ejecución definitiva, de la que se encargó el hábil artista Víctor Peter, bajo la dirección de M. Pablo Dubois, director de la Escuela de Bellas Artes, y de M. Thomas.

La última obra de Falguiere es importante por sus dimensiones y por su composición: su altura total es de siete metros, de los cuales cuatro corresponden al pedestal; la parte escultórica es de mármol blanco. En el pedestal se destacan en alto relieve varias hermosas figuras de un simbolismo muy artístico y muy inteligible: en la cara anterior, se ve á la Humanidad implorando á aquel que supo encontrar armas eficaces para luchar contra la muerte; en las otras tres, varios grupos de labradores gozan de la tranquilidad que les han proporcionado los admirables descubrimientos de Pasteur, librándoles de los azotes que antes destruían sus viñedos, sus cosechas y sus ganados. Sobre el pedestal está la estatua sedente del sabio, con su expresión bondadosa, en actitud meditativa y con la mirada clavada en el infinito.

El conjunto del monumento es de un bellísimo efecto decorativo.—X.



MONUMENTO Á PASTEUR RECIENTEMENTE INAUGURADO EN PARÍS, obra de Falguiere



Caras laterales y posterior del pedestal: los trabajadores del campo gozando de los beneficios debidos á los descubrimientos de Pasteur



## ARGENTINAS ILUSTRES

### ALVINA VAN PRAET DE SALA

Hay nombres que son un poema: un retrato de cuerpo entero: una página de noble ejemplo para la humanidad; síntesis de la activa labor del pensamiento, de la voluntad que no desmaya ni se achica ante los imposibles, ni por las luchas que de suyo y lógicamente se desprenden, al llevar á terreno práctico los hermosos ideales convertidos en colosal monumento de variada arquitectura, pero armónica en su conjunto.

Equivocados andaríamos si intentáramos realzar el bellísimo boceto de la argentina insigne con atavíos novelescos, que lo despojaran de su gráfica nitidez que cautiva y admira.

Alvina Van Praet de Sala es un gran carácter, con alma magnánima y corazón de oro. Tiene las energías propias en los seres de espíritu superior y ha encadenado su existencia entera á la misión sublime que desde hace años viene cumpliendo con valiente anhelo.

Mujer de alto prestigio social, por su elevada posición, por su cultura, por sus atractivos, ha consolidado su fama por la abnegación benéfica, y resplandece y sobresale en el ancho círculo de mujeres argentinas que por sus aptitudes progresistas, por las iniciativas y capacidades, atraen el aplauso nacional.

Por los años de 1882 comenzaron á definirse gráficamente las aspiraciones de la ilustre dama como socia de la Beneficencia bonaerense, y al ocupar el puesto de Secretaria, en su actividad incansable se hizo el paño de lágrimas de los desheredados.

Naturaleza sensible y delicada, lloró y sufrió, derramando en las miserables viviendas el consuelo, el amor y el óbolo de la caridad, sin arredrarse ante las dificultades, ni vacilar un instante por la magnitud de la empresa, entonces apenas iniciada y que precisaba acción y voluntad para su desarrollo.

¡Qué hermoso relieve adquirió su corazón ardiente y generoso al desempeñar los múltiples cargos de Inspectora de la casa de Huérfanas de la Merced, en el Hospital de Niños, en el de Rivadavia y en el Asilo de Hérfanos!

Su espíritu y su alma han necesitado siempre campo vastísimo, y por lo mismo en el Consejo, y más tarde como Presidenta de la Beneficencia, encauzó sus brillantes aspiraciones, ensanchó los límites de la sociedad augusta, descubrió nuevos horizontes llenos de luz, fué un astro radiante de ígneos resplandores y de estela perdurable.

Su lozana inteligencia se engrandeció más aún, y ambicionando recoger abundante cosecha en favor de los pobres, se desveló y martirizó la mente para desempeñar el cargo importantísimo y de altas responsabilidades.

Flores, aromas, ambiente purísimo de cariño, admiración de propios y de extraños, recompensaron la tarea de la filantrópica Alvina V. P. de Sala, y el triunfo mismo dió mayor vuelo á su abnegación, y en las «visitas domiciliarias» en la época luctuosa de las insolaciones, llevó el heroísmo hasta exponer su vida, arrojando la terrible temperatura que hacía tantas víctimas.

Convencerla para que desistiese en su propósito era difícil, imposible; no es empresa victoriosa la de persuadir á caracteres inflamados por la piedad y por el amor á sus semejantes, y la noble argentina llegaba á los hogares como el ángel de paz y de consuelo,

alentando con sus palabras, cambiando la miseria en bienestar, fortaleciendo con amplio y oportuno auxilio á los que carecían de pan para su alimento, de cama para el descanso y de vestidos para cubrir su desnudez.

Tiene galanura, facilidad de estilo; posee el secreto de conmovir manejando la pluma; en sus escritos y en las memorias presentadas para dar cuenta de los diferentes cargos á su dirección encomendados, palpita su corazón.

Predomina en la insigne proteccionista el espíritu de unidad ó asociación, y por la inventiva que la caracteriza ha dado desarrollo á la pasmosa idea, inculcando en la mujer ese amor por la unidad, ese elevado pensamiento de enlazar la pobre con la rica, la aristocrática con la de humilde cuna, asociándose

pués de algunas horas empleadas en recorrer suburbios, en consolar á los necesitados y en fortalecer á los enfermos, cuando una mujer pobremente vestida la rogó acudiera en socorro de una familia que á más de haber perdido al esposo y al padre víctima de insolación, carecía de todo recurso para aliviar la gravedad de la madre y el hambre de cuatro criaturas.

La señora Van Praet de Sala estaba abrumada de cansancio y bajo el peso de aquella atmósfera abrasadora; pero aun cuando hubiera sucumbido en la lucha no podía negarse al impulso generoso de su corazón.

Implorábase su auxilio y era menester otorgarlo, y esto no ignorando la gran distancia que mediaba para llegar al miserable tugurio.

—¿Vendrá usted?, le preguntó la pobre mujer casi llorando.

—Iré ahora mismo, contestó con voz dulcísima y benévola: iré. Corra usted para que les lleve esa esperanza y al pasar avise á un médico para no perder tiempo. Los nuestros están todos ocupados.

Y entrando en su casa hizo provisión de algunas cosas que creyó necesarias, y sin descansar un momento volvió á salir, dirigiéndose á uno de los barrios más apartados de Buenos Aires.

La caritativa mensajera no había exagerado, y al penetrar en el hediondo albergue sintió la piadosa Alvina una impresión de pesar, de amargura intensa, de profunda misericordia por aquellos desgraciados, y tanto más cuanto que eran extranjeros, emigrados, casi recién llegados á playas argentinas, soñando con futuro bienestar, convertido en realidad tristísima.

El sol de fuego hirió como un rayo al padre infeliz, que sólo había vivido dos horas.

La madre, combatida por la pobreza y por el pesar intenso, tiritaba de fiebre en el mísero y único colchón, y los niños, de cinco, siete, nueve y diez años, estaban medio desnudos y sin más amparo que la Providencia.

Ella encarnó en Alvina Van Praet de Sala.

Los emigrados tuvieron el pan de la caridad; la enferma se salvó, y un año más tarde volvieron al hogar de su familia, en España, bendiciendo á la generosa protectora.

La casualidad me hizo conocer este episodio, que hoy sirve para dar colorido más gráfico á estas líneas y á este bosquejo; en el santuario de mi memoria aguardaba oportunidad para completar el estudio consagrado á la singular americana, que tan elevado puesto ocupa en el grandioso torneo de la asociación universal femenina.

En esa representación colectiva americana y europea vemos á la señora Van Praet de Sala rendir culto á un lema: la unión es la fuerza, el que perfeccionado en bien de la humanidad será hermosa semilla de ideas regeneradoras, cada día más brillantes, más luminosas, engarzadas en la inconmensurable cadena de la civilización.

Si en la unión se resuelve el problema del progreso, si es ley tan lógica como universal, á ella aspira también la mujer del siglo xx para prestar trascendentales beneficios en el vastísimo campo de la caridad, de la ilustración y de toda nobilísima iniciativa, como lo presta la insigne dama nacida en las orillas del ancho Plata.

La grandeza de la idea realizada ya, la influencia intelectual y moral, merecen el aplauso más entusiasta.

BARONESA DE WILSON.



ALVINA VAN PRAET DE SALA

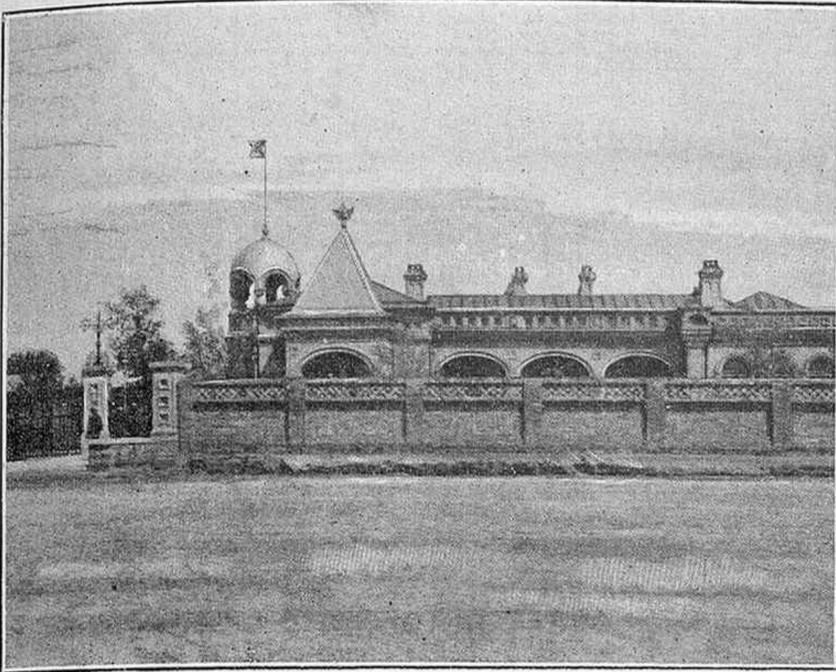
con todos los vigos de su carácter, con todas las potencias de su ser, á la grandiosa idea de la egregia doctora Cecilia Grierson, fundadora del «Consejo Nacional de Mujeres,» presidido hoy por Alvina V. P. de Sala.

Creencia suya es, y ley de sus actos, que la caridad en sus fines exclusivos es la más bella de las atribuciones en la mujer, y que su corazón debe estar siempre consagrado á la piedad y á la misericordia, por deber, por lógica y natural inclinación, por fraternidad cristiana.

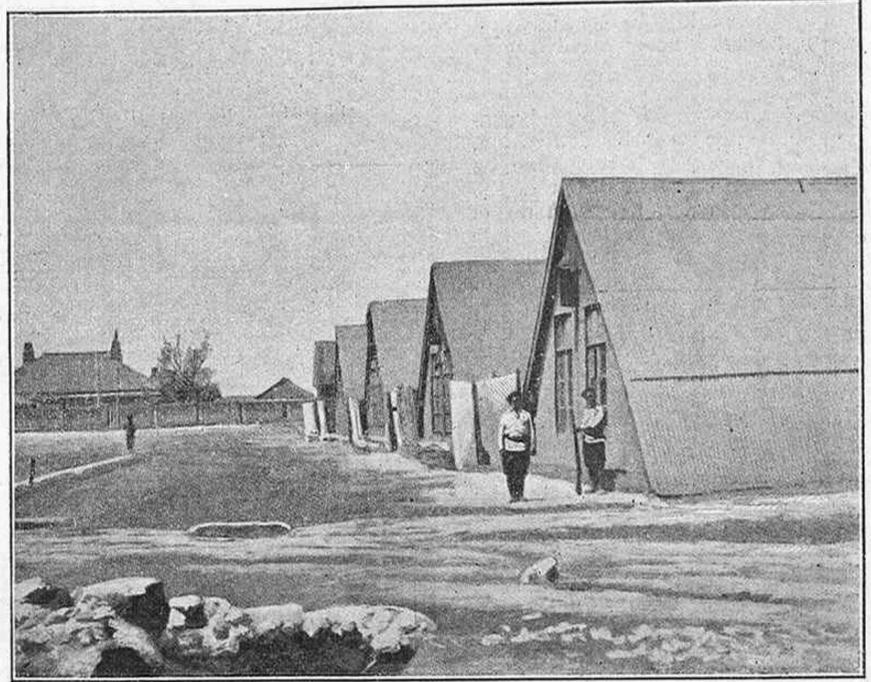
Sus idealismos han tomado siempre forma real, sin que la modestia, que es la cualidad preponderante en su organismo, la permita avalorar la trascendencia de sus iniciativas.

Alvina Van Praet es madre amorosísima, ejemplo de todas las virtudes en el hogar doméstico: celosa en el cumplimiento del deber y esclava de él en los diferentes cargos que desempeña en sociedades, donde su saludable esfuerzo se traduce en beneficiosos resultados y en actividades, que estimulan y alientan á otras mujeres ya celebradas como artistas, como filósofas y como pensadoras.

Hace cuatro años, en el memorable y angustioso calor de 1900, volvía la señora de Sala á su casa des-



GUERRA RUSO-JAPONESA. - Residencia de la Administración civil en Niu-Chuang. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. - Cuarteles rusos en Niu-Chuang. (De fotografía.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El día 2 el general Kuropatkine mandó evacuar la plaza del Hai-Cheng, retirándose hacia Liao-Yang las cuatro divisiones que la guarnecían; el día 3 la ocuparon las fuerzas que manda el general Nodzu. Antes habíase trabado, en los días 30 y 31 de julio y 1.º de agosto, una serie de combates, en los que los japoneses dicen haber tenido 860 bajas y haberse apoderado de seis cañones; las pérdidas de los rusos, según un telegrama de San Petersburgo se elevaron á 4.000. Sigue, por consiguiente, realizándose el plan del generalísimo ruso de dificultar todo lo posible la marcha del enemigo, sin comprometerse por ahora en una acción decisiva.

La ocupación de Hai-Cheng y el consiguiente avance de los japoneses simplifica la situación general en aquella parte del teatro de la guerra y hace más fácil seguir el curso de las operaciones que allí se desarrollan. En la actualidad, la mayor parte de las fuerzas japonesas de la Mandchuria, es decir, los ejércitos mandados por los generales Oku, Nodzu y Kuroki se dirigen, el primero desde el Sur, el segundo desde el Sudeste y el tercero desde el Este, hacia Liao-Yang.

Por un momento pudo temerse que, después de la toma de Hai-Cheng, los generales Oku y Nodzu forzando sus marchas, cortaran la retirada al ejército ruso que había evacuado aquella plaza; pero los japoneses, lentos en sus movimientos, se inmovilizaron en las posiciones ocupadas el 1.º de agosto, y es casi seguro que á estas horas los rusos se hayan replegado ya en Liao-Yang, en donde actualmente deben estar concentradas todas las fuerzas al mando del general Kuropatkine. De modo que todo parece indicar, como decíamos en nuestra última crónica, que en Liao-Yang se librará antes de poco una batalla, si no decisiva, por lo menos muy importante.

Por el lado de Liao-Yang ha habido varios combates en los días 31 de julio y 1.º de agosto. El primer día, el general Kuroki atacó las posiciones rusas de Ta-Uan y Yan-Tse-Ling, siendo rechazado con grandes pérdidas; pero al siguiente, consiguió apoderarse de ellas, obligando á los rusos á retirarse sobre An-Ping, que viene á ser una especie de puesto avanzado de Liao-Yang. Las pérdidas de los japoneses en estas acciones fueron de 40 oficiales y 946 soldados muertos ó heridos; la de los rusos no se conocen detalladamente; Kuroki las evalúa en 2.000. En San Petersburgo corrió el rumor de que el día 4 se había trabado en Ku-Kia-Tse una sangrienta acción en la que había tomado parte todo el ejército de Kuroki, añadiéndose que éste no había podido desalojar á los rusos de sus posiciones y había tenido que retirarse con más de 10.000 bajas; pero esta noticia no se ha confirmado; es más, se ha recibido un telegrama del general Kuropatkine, fechado el 6, que no hace mención de tal combate, y esta es la mejor prueba de que tal rumor era completamente infundado. El último parte del general Sakharof, fechado el 7, dice que no ha ocurrido cambio alguno, en la situación respectiva de ambos ejércitos, lo cual demuestra que los japoneses no han sabido aprovecharse de las ventajas conseguidas en los mencionados combates de 31 de julio y 1.º de agosto.

Esta situación, en lo que se refiere á los rusos, no deja de ofrecer algunos motivos de inquietud. ¿Contará el general Kuropatkine, aun después de concentradas todas sus fuerzas en Liao-Yang, con elementos suficientes para resistir á la presión de los tres ejércitos japoneses que contra aquella plaza se dirigen? En nuestra anterior crónica expusimos varios datos, tomándolos de fuente que parecía fidedigna, de los cuales se deducía, y así lo afirmábamos, que el general ruso disponía de fuerzas equivalentes á las de sus adversarios; pero no debe de ser así, cuando él mismo, en un telegrama del día 3 dice: «Espero que nuestras tropas sostendrán con éxito la lucha contra un enemigo numéricamente superior.» Y si Kuropatkine se decide á repetir en Liao-Yang el procedimiento de retirada que ha empleado en Kai-Ping, Ta-Chi-Kiao y Hai-Cheng, ¿qué será de su ejército? Se retirará sobre Mukden, naturalmente; pero si es cierto que en Liao-Yang hay acumuladas grandes cantidades de víveres y municiones y éstas son destruidas al evacuar aquella plaza, ¿qué hará ese ejército privado de tan indispensables elementos de vida y de combate? En apoyo de la hipótesis de esta nueva retirada dícese, aunque no con carácter oficial, que desde hace días salen continuamente de Liao-Yang trenes cargados con dirección á Mukden. Y aun hay quien supone que el general Kuropatkine ha ordenado que toda la gente inútil de la población civil evacúe la ciudad de Kharbine, á fin de poder establecer en ésta su cuartel general durante el próximo invierno. Esto indicaría en el generalísimo el propósito de abandonar, no sólo Liao-Yang, sino también Mukden, lo cual sería de un efecto moral desastroso; pues si bien es cierto que la obligación de un general en jefe es no aceptar una batalla que tiene seguridad de perder, no lo es menos que retirándose siempre, se acaba por proporcionar al enemigo ventajas muy parecidas á la victoria.

A propósito de Kuropatkine, es realmente interesante la siguiente opinión que le atribuye el corresponsal militar del importante diario ruso *Novoié Vremia*: «La táctica japonesa nos era completamente desconocida; hasta ahora hemos pagado el precio necesario para llegar á conocerla. Es de esperar que antes de poco sabremos hacernos reembolsar este precio con los intereses impuestos.»

Aunque con gran retraso, al fin se han recibido noticias oficiales de Puerto Arthur. El día 7 llegó, en efecto, á San Petersburgo el siguiente telegrama del general Stoessel, gobernador de aquella plaza:

«Tengo la satisfacción de comunicaros que nuestras tropas rechazaron, en los días 27 y 28 de julio, todos los ataques de los japoneses con enormes pérdidas por parte de éstos. El entusiasmo de las tropas de la guarnición es extraordinario. La escuadra ayudó á las tropas cañoneando el flanco de los japoneses. Nuestras pérdidas, durante los tres días de combate, han sido de unos 1.500 muertos ó heridos. Según informes recibidos de chinos y de prisioneros, los japoneses perdieron hasta 10.000 hombres. Estas pérdidas fueron tan sensibles para ellos, que no tuvieron tiempo de recoger sus muertos ni sus heridos.»

De modo que ha resultado cierta la noticia que como rumor había circulado de un terrible asalto intentado por los sitiadores de Puerto Arthur, que ter-

minó con una brillante victoria de los sitiados. Por esta vez se han confirmado los informes que se habían recibido de Che-Fu por conducto de varios refugiados rusos ó chinos procedentes de Puerto Arthur.

La cooperación de la escuadra á que hace referencia el anterior telegrama del almirante Stoessel no se redujo á cañonear las posiciones del enemigo, pues si bien con este objeto salieron el 26 los cruceros *Bayan*, *Ascolá*, *Pallada* y *Novick* y algunos cañoneros, hubieron éstos de sostener al mismo tiempo el ataque de una parte de la escuadra del almirante Togo, es decir, de cuatro cruceros de primera clase, dos de segunda y 30 torpederos, habiendo tenido que retirarse los barcos japoneses con tres unidades fuera de combate. Al día siguiente, la escuadra rusa pudo salir sin ser molestada, bombardear las posiciones de los japoneses y renovar los torpedos.

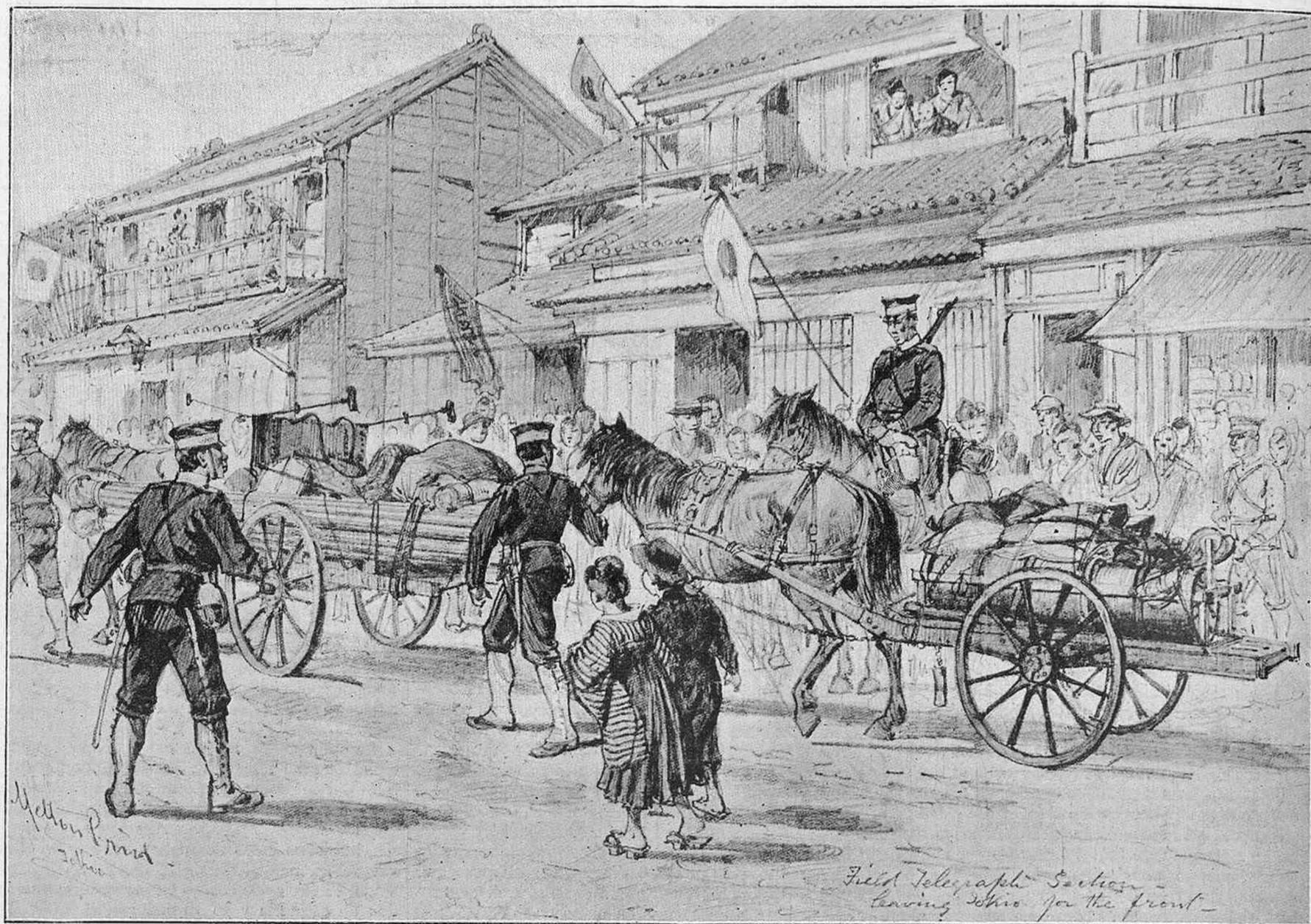
El almirante Togo ha teleografiado á Tokio que en la noche del 5 dos de sus contratorpederos efectuaron un reconocimiento hacia Puerto Arthur; cuando estaban cerca de la entrada del puerto, salieron á su encuentro 14 contratorpederos rusos que intentaron cortarles la retirada; mas las dos embarcaciones japonesas consiguieron romper la línea de sus perseguidores, y ayudados por otro contratorpedero que acudió en su auxilio, tomaron la ofensiva y obligaron á los rusos á regresar á la rada.

¿Qué suerte les está reservada á los sitiados? Dado el empeño que ha puesto el Japón en apoderarse de la plaza y dada la imposibilidad en que ésta se encuentra de recibir refuerzos (al contrario de lo que sucede á los sitiadores, que de continuo los reciben), no es aventurado vaticinar que á pesar de la heroica resistencia de los rusos, más ó menos tarde Puerto Arthur caerá en poder de los japoneses. Hay además otra circunstancia desfavorable á los sitiados, y es la de que las municiones más principales han de faltarles de un momento á otro, ya que el arsenal, aunque fabrique proyectiles, no puede fabricar materias explosivas.

A propósito de este sitio, dicen los japoneses «que el mundo quedará asombrado cuando sepa con qué ciencia se han realizado los preparativos para el asalto;» y según parece, sus generales han dicho que de un momento á otro ocurrirá un suceso que causará la admiración del mundo militar, porque demostrará las extraordinarias condiciones tácticas de los caudillos del Mikado. En honra de los japoneses, que hasta ahora han demostrado valer mucho desde el punto de vista militar, nos resistimos á creer que sean ciertas estas manifestaciones que se les atribuyen y que, de ser exactas, hablarían muy poco en favor de la seriedad y de la parsimonia que tan bien sientan en hombres de su estado y en las circunstancias en que ellos se encuentran.

El tribunal de presas de Vladivostok ha declarado buena presa la del *Knight-Commander* por haberse demostrado que llevaba materiales para ferrocarril y maquinaria, que se consideran como contrabando de guerra.

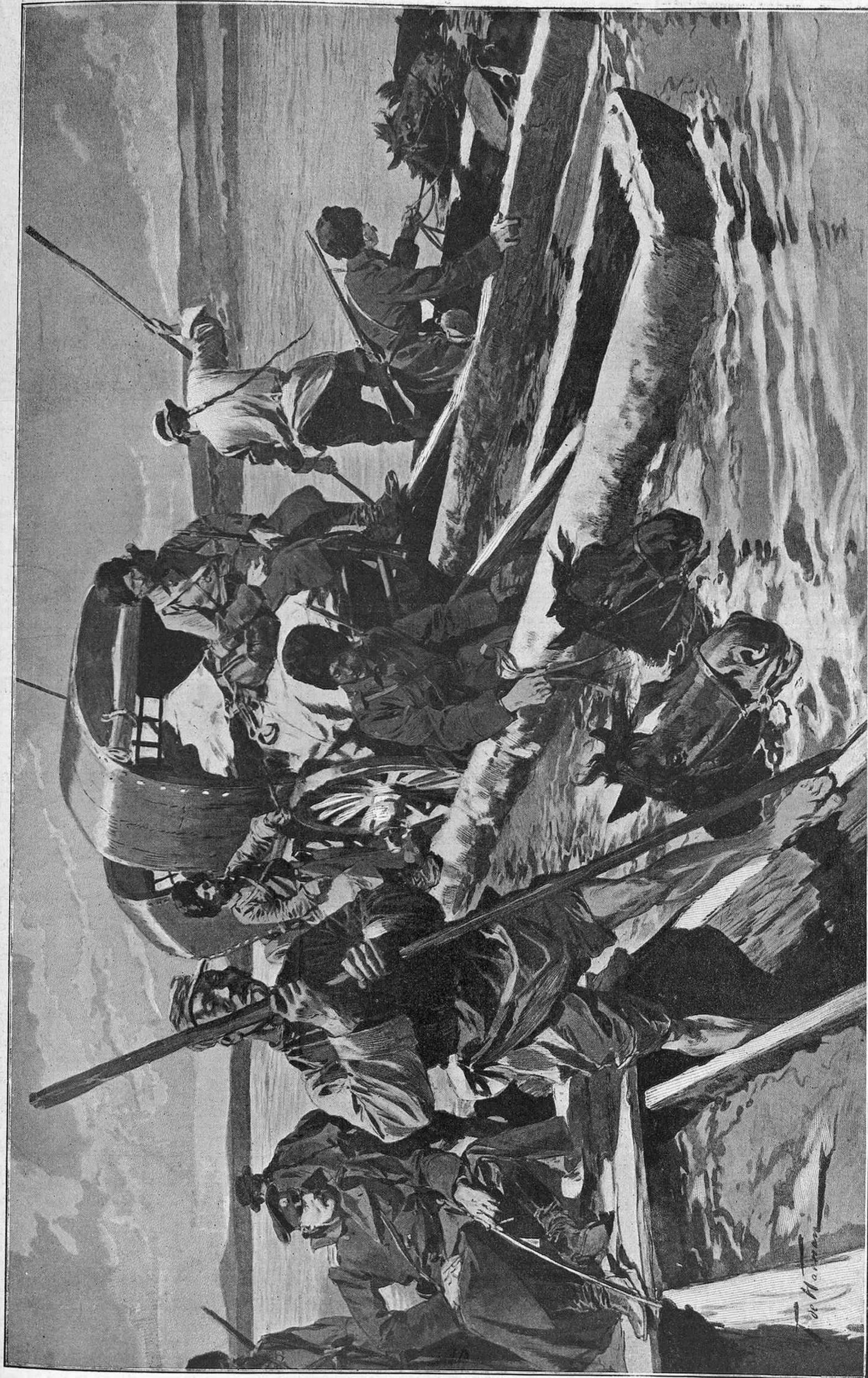
En cuanto á la destrucción de este buque, las autoridades rusas dicen en su informe que si se echó el barco á pique fué porque no tenía á bordo carbón bastante para llegar á Vladivostok.



GUERRA RUSO-JAPONESA. — El cuerpo científico japonés marchando hacia el teatro de la guerra: Salida de Tokio de la sección de telegrafía de campaña. (Croquis del natural de Melton Prior.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. — El sitio de Puerto Arthur. Los japoneses ocupando un fuerte situado delante de Puerto Arthur, después del bombardeo de la escuadra del almirante Togo y del asalto de las fuerzas de infantería. (Dibujo de C. M. Sheidon, tomado de una fotografía.)



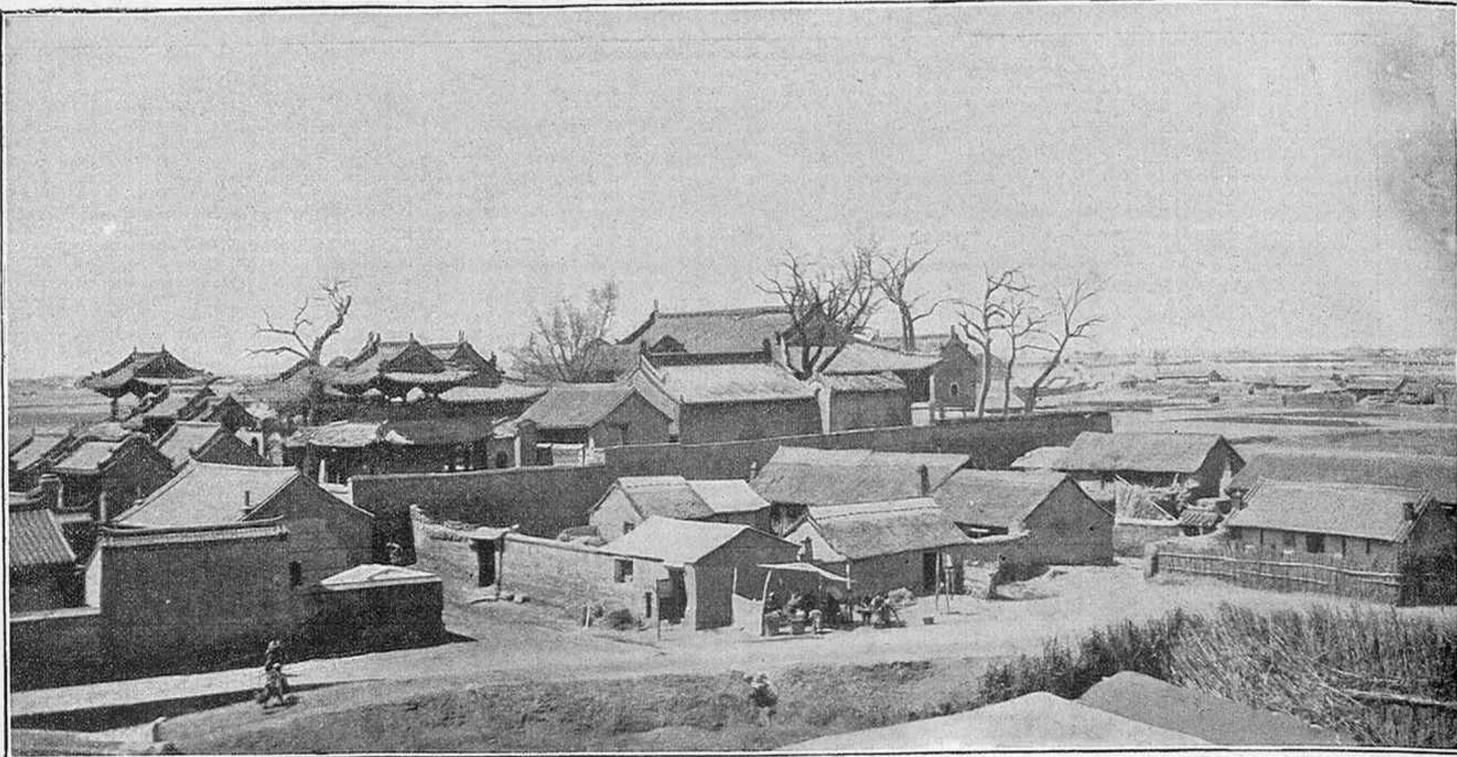
GUERRA RUSO-JAPONESA.—Ingenioso sistema de cruzar un río que en algunas ocasiones han empleado los rusos. (Dibujo de F. de Haenen.)

Quando un río es demasiado profundo para ser vadeado y sin embargo no es bastante hondo ni bastante caudaloso para ser cruzado en barcas, los rusos, para atravesarlo, emplean un procedimiento ingenioso, aunque algo primitivo: vacían dos troncos de árboles y poniéndolos uno al lado de otro colocan en ellos dos carros de manera que á cada tronco correspondan las ruedas y el brazo de un lado. Los caballos son desenganchados y pasan la corriente á nado. Un *cozi*, provisto de una pértiga, empuja las improvisadas balsas. Cuando éstas no transportan carros, los dos troncos se mantienen uno al lado de otro merced á unas tablas transversales que los sujetan.

Con este motivo algunos periódicos ingleses han puesto el grito en el cielo y piden que se ordene á los comandantes de los buques de guerra británicos que hagan respetar el pabellón y los derechos de los países neutrales; á lo cual contesta un periódico francés, con mucha razón, que si es cierto que los países neutrales tienen derechos, no lo es menos que también tienen deberes, siendo el primero de éstos no violar la neutralidad haciendo el transporte de contrabando de guerra.—R.

NUESTROS GRABADOS

**Wenceslao Constantino-vich de Plehwe.**—El ministro ruso recientemente asesinado había nacido en 1846, y después de haber hecho sus estudios en la Universidad de Moscu, licencióse en derecho y en 1867 entró en el Ministerio de Justicia. En 1868 fué nombrado viceprocurador de Vladimir, después procurador de Vologda, posteriormente viceprocurador de Varsovia y por último procurador de San Petersburgo: á este último nombramiento debió la brillante carrera que luego hizo. Su intervención en el proceso contra los nihilistas, á raíz del atentado contra el Palacio de Invierno, le puso en relación directa con el tsar Alejandro II, y los informes por él presentados al soberano evidenciaron sus cualidades administrativas y le valieron ser designado para los más elevados cargos. En 1881, como director del departamento de policía, formó parte de una comisión reunida para elaborar una ley relativa á la seguridad del imperio, y desde entonces su influencia aumentó de día en día. En 1901 fué nombrado secretario de Estado del Gran Ducado de Finlandia, y de acuerdo con el general Robrikof trabajó enérgicamente para la rusificación de aquel territorio. Ministro del Interior en 1902, representó en el Consejo del Imperio el elemento ultraconservador, combatiendo la política de tendencia liberal de Witte, al que logró



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Vista de la ciudad de Liao-Yang, cuartel general de Kuropatkine, hacia donde se dirigen actualmente los tres ejércitos japoneses mandados por Kuroki, Nodzu y Oku. — En el fondo se ve el campamento ruso. (De fotografía.)

**Entre abetos, cuadro de la Srta. D.<sup>a</sup> M. P. Carpentier.**—La combinación del paisaje con la figura exige del artista un tacto especial para que ambos elementos de la composición armonicen debidamente; pues aunque en la realidad todo es posible, hasta los contrastes más crudos y extravagantes, el arte tiene el deber, si no de rectificar la verdad, por lo menos de no hacerla objeto de sus preferencias más que cuando responde á los fines realmente estéticos. La notable pintora francesa autora de *Entre abetos* ha sabido llenar perfectamente esta exigencia artística, consiguiendo que los personajes de su cuadro casen por modo admirable con el carácter misterioso del bosque y formen con él un conjunto de encantadora poesía.

Mauricio West, poeta austriaco, autor de varios libretos de aplaudidas operetas.  
 Antonio Tchekoff, célebre novelista y autor dramático ruso.  
 Antal Szecsi, escultor húngaro, autor de los monumentos á Arpad y á Barozs que hay en Budapest y de varias esculturas para el edificio de la Dieta.  
 Carlos Breitbach, acuarelista alemán, paisista y retratista notable.  
 Edmundo Kanoldt, pintor alemán que se dedicó especial al género mitológico.  
 Jorge Federico Watts, célebre pintor y escultor inglés.  
 Dr. Zacarías Oppenheimer, notable médico y fisiólogo alemán, profesor de la Universidad de Heidelberg y autor de importantes obras.

**Velada agradable, cuadro de Domingo Fernández y González.**—El bonito cuadro que reproducimos forma parte de la agradable colección de producciones de este género, que han dado notoriedad al pintor sevillano Sr. Fernández y González, algunas de las cuales conocen nuestros lectores por habernos cabido la suerte de poder reproducirlas en esta Revista. Este, igual que los á que nos referimos, reproducen un pasado, que los artistas hábiles y los coloristas han utilizado por los elementos que les proporciona la rica indumentaria de la época, propia y adecuada para obtener efectos.

**Junto á la chimenea, cuadro de María Young Hunter.**—Como en el número 1.141 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos, con relativa extensión, de esta notable pintora inglesa, creemos ocioso repetir hoy lo que hace tan poco tiempo expusimos, y nos limitaremos, por consiguiente, á llamar la atención de nuestros lectores sobre su lindísimo cuadro *Junto á la chimenea*, que en la página 552 reproducimos. En él se ven confirmadas las excelentes cualidades que dijimos poseía mistress Young Hunter y se revela el gusto exquisito de esta artista que, sin salirse de la mayor sencillez, sabe obtener hermosos efectos, y sin abandonar el natural envuelve sus lienzos en el idealismo sin exageraciones con que la escuela prerrafaelista moderna protesta contra los excesos de ese realismo que, olvidando los verdaderos fines del arte, ha pretendido no sólo invadir los dominios de éste, sino también arrojar de ellos á los que no comulgan en sus tendencias.

MISCELÁNEA

**Bellas Artes.**—LONDRES. — En una subasta recientemente verificada por la casa Christie se han pagado 325.000 pesetas por un retrato de *María Walpole, duquesa de Gloucester*, pintado por Gainsborough.

FRANCFORT DEL MEIN. — El municipio de Francfort del Mein ha adquirido por 390.000 marcos (487.500 pesetas) una notable colección de obras de arte. La referida cantidad ha sido facilitada por terceras partes por el municipio, la Asociación de Industrias Artísticas y la Sociedad Politécnica.

**Espectáculos.**—El día 1.º de agosto comenzaron en Munich las representaciones en honor de Mozart. En el Teatro real de la Residencia se cantarán *Las bodas de Figaro*, *El rapto del serrallo*, *Don Juan* y *Così fan tutte*, y en el Teatro de la Corte *La flauta mágica*.

**Necrología.**—Han fallecido: Juan Petrowitch Cruchtchoff, historiador y literato ruso. Dan Emmett, el más popular compositor norteamericano, autor de varias canciones populares y del himno «Dixie», que desde la guerra de Secesión es, por decirlo así, el himno nacional de los Estados del Sur. Nikolai Nikolaiewitch Obrutcheff, célebre general ruso y uno de los más notables escritores militares de Rusia.

EXTRA-VIOLETTE VÉRITABLE PARFUM DE LA FLEUR VIOLET, 29, B<sup>is</sup> ITALIENS, PARIS

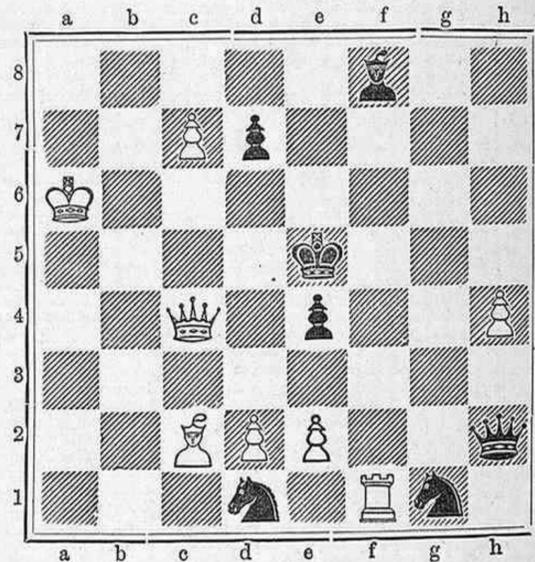
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas (continuación)

ENVÍO N.º 4. — LEMA: «¡Tarik es salahme!»

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

ENVÍO N.º 5. — LEMA: «Astutia non vi.» — BLANCAS: R b4, Dd1, Tf8, Ab8, Ca5, Pc5 y e7 (7 piezas). NEGRAS: Ra8, Ce6, Pc6 y c7 (4 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 3. — «Don Eskil.»

- 1. Dh8-e8, e3-e2; 2. Ce6-e5, etc.
- Rd5xe4; 2. Ce6xg5 jaq., etc.
- Rd5xe5; 2. Ce6-f4 jaq., ó De8-b5 jaq., etc.
- Dg1-d1; 2. Ce6xg5, etc.
- Tb1-d1; 2. Ce6xg5, etc.
- Dg1-f1; 2. Ae5-c7 ó b8, etc.
- Otra jug.ª; 2. De8-b5 jaq., etc.

(S. continuará)



WENCESLAO CONSTANTINOVICH DE PLEHWE, ministro del Interior de Rusia, asesinado el 27 de julio último. (De fotografía.)

hacer alejar de la vida política activa. En el actual ministerio era la personalidad más saliente, más vigorosa y de mayor influencia.

**Margarita, escultura de Juan Dammann.**—Casi todas las obras de este celebrado escultor alemán tienen una poesía, un encanto imponderables; tanto es así, que han merecido el dictado de obras ideales. Y á juzgar por *Margarita*, este es el verdadero calificativo que á sus esculturas corresponde: muy admirables son en él la corrección de líneas la armonía de proporciones; pero hay en ese busto algo más hermoso, algo cuya contemplación nos conmueve más hondamente que cualquiera belleza de forma, y es una expresión angelical que realiza, por decirlo así, el milagro de infundir en el mármol insensible, no sólo la vida física, sino también la vida del alma; de animar aquel rostro de un sentimiento de pureza inspirado en el más alto idealismo; en una palabra, de hacer que aquellos ojos miren con la dulzura de la inocencia, que en aquella frente se asomen los pensamientos más castos, que aquellos labios parezcan destinados á abrirse solamente para dar paso á conceptos candorosos.



Incorporóse en el lecho misia Jeromita

## MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Zumbáronle, pues, más que otras veces, las razones que él mismo exponía, con lucidez que revelaba mediana inteligencia y no escasa delicadeza, para censurar su ingénita holgazanería, caminando maquinalmente hacia la oficina, calle del Veinticinco de Mayo abajo, entre el rumor efervescente de la gran ciudad, y el picoteo de ellas producía esta idea consoladora: la de que si por inútil le mataran, se vería libre de la entrevista con misia Jeromita, duelo ineludible y de dudosas consecuencias...

Porque, en primer lugar, misia Jeromita no se dejaría convencer, y quizá la encontraría más embrujada por el otro, precisamente en virtud de la amorosa zorra, que suele ser de admirables efectos en casos tales; luego, el otro, ¿no se defendería de la denuncia? ¿Qué pruebas materiales llevaba el desprevenido y acuitado Monreal? ¡Valiente gracia que el otro sacara los puños en su defensa, á falta de mejor disculpa! Estremeciósese D. Nepomuceno. ¡Ay! Su inutilidad no era sólo relativa al buen servicio de la República y de su propia conveniencia, sino general y absoluta: era él un ser anodino, y bien hizo quien le colocó en el torno de una oficina, como engendro imperfecto que jamás sabría valerse de sus miembros: en su vida pacífica y soñolienta de molusco, no tuvo ocasión de ejercitar, si es que en realidad lo poseía, su valor personal, entumecidas como estaban sus facultades miserablemente, y aquel alarde de Quijote por fuerza le asustaba. Si no fuera por Leona, por su adorada Leoncita...

Confesábase Monreal muy por lo bajo que el trance en que la prima Jerónima se veía le interesara poco, si no comprometiera la situación de Leona, muy poco, á la verdad, á pesar de los catamarqueños recuerdos que se alzaban en el fondo de su memoria para acusarle: como que la dejaba en la estacada y no afrontaba los peligros que suponía el arreglar tan vidrioso asunto. ¡Arreglarlo! Aquí de la duda de Pantaleona, y eso que Pantaleona no estaba al cabo de la calle: ¿qué arreglo cabía? La honra es cristal, que

una vez roto, las soldadas trizas, si es que soldarse pueden, muestran la indeleble huella del desperfecto sufrido. ¿Qué arreglo cabía? Desde la revelación de la antevíspera, Monreal lo preguntaba á su almohada, la más sabia consejera, y la almohada permaneció muda como un canto, muda como en las pasadas noches de insomnio que también le preguntaba acerca del medio de salvar á Pantaleona, Leona, su norte, su mundo, su cielo; Leona, joya única, desasosegado afán de su vida entera, compendio de sus aspiraciones todas... ¿No le oía nadie? Pues si no le oía nadie, y nadie había de descubrir el secreto que celoso guardaba, ¿por qué no dejar cantar dentro de su alma aquel amor purísimo, y recrearse con su música?

Se distrajo y olvidóse del motivo que á la casa de Gobierno le llevaba; ya cerca de ella, entre el enjambre de empleados, pretendientes, periodistas y ociosos, á más de un conocido, que deseó saber la causa de su riguroso luto, anunció la buena nueva, y sufrió apretones de mano, afectuosas palmadas, frases de felicitación como esta: «¡Que sea enhorabuena! ¡Al fin se salió usted con la suya!...» y otras muy crudas que á él mismo le disgustaron. Antes de llegar, la casualidad le puso delante del negrazo que hacía de portero en su oficina, quien al verle estiró la elefantina trompa, en forma de saludo, y él se apresuró á detener al risueño orangután de librea color de café con botones amarillos.

—¿Ha venido el Subsecretario?, preguntó D. Nepomuceno.

Para contestar que no, enseñó el negro una caja de dientes amenazadores, cual si ofreciera morder, y añadió Monreal:

—Bueno; pues le dices de mi parte, cuando venga, que hoy faltaré á la oficina: ¡se ha muerto mi mujer!

—¿De veras, Sr. Monreal?, aulló el horrible mono; ¡qué *suertudo* es usted! Me alegro mucho...

Huyó D. Nepomuceno. La mirada que él arrojó al tranvía de la tablilla roja con letras blancas, que

esperaba en la esquina, debía de ser la misma angustiosa de los gladiadores que á luchar con las fieras bajaban al circo. Porque fieras eran aquellas del Caballito, el criminal florentino y su formidable prima mayor...

### IX

—Pasa, Nepomuceno, dijo la quebrantada voz de misia Jeromita. Entra, hombre, que no voy á comer-te crudo.

Recostada estaba la señora en el lecho, ceñida la frente y sumergida en las tinieblas de la alcoba. Monreal llegó á tientas hasta la cabecera y buscó la mano de la prima para estrechársela en señal de pésame, la encontró calenturienta, y empujado por ella despóticamente se sentó á los pies en una silla, sin distinguir nada más que el bulto, que rebullía con inquietud alarmante. No abrió la boca, y se puso á la defensiva, tirando de la perilla como si quisiera arrancársela.

—Si no te mando llamar no vienes, indicó la prima disparando la primera bala.

—Dispensa, Jerónima; hoy mismo pensaba venir.

—¡Mentira! Digo que no vienes, aunque la casa se nos cayera encima. Te conozco. Eres cobarde, Nepomuceno, y soberbio al mismo tiempo. Y sin embargo, tu deber era venir, porque sí, porque sí. Tú pasas por hombre que no ha tenido debilidades en su vida; tu bendita pereza, tu sistema de dejar hacer á los otros y no hacer nada personalmente, te ha servido para engañar al público, mostrándote incapaz de todo, especialmente de lo malo. Pues no: eres perverso, Nepomuceno, y tú lo sabes mejor que yo, y por qué te lo digo hoy precisamente que te acercas á mí preparado, sin duda, para motejarme, insultarme y humillarme: sí, mis pecados serán grandes, pero los tuyos lo son más, mucho más, y no sé cómo no te aplastan. Al fin y al cabo, de esto que á mí me pasa tú tienes la culpa.

—¿Yo?, exclamó D. Nepomuceno doliéndose del recorrido.

—¡Claro! ¿Pues quién? Pon la mano en tu conciencia y mira hacia atrás, muy atrás, á aquellos lejanos y olvidados tiempos en que Jerónima no era la vieja facha de ahora... ¡Quietó! Repito que no voy á traerte: de lo que no he de privarme es del placer de cantarte las verdades, de decirte cuántas son cinco, siquiera por aquello de que «el que da primero da dos veces.»

—Sabía que me recibirías así, Jerónima. Di lo que quieras, da cuanto quieras. Me resigno.

—¡No me provoques, Nepomuceno; mira que no podré contenerme! Durante dos meses has estado conspirando contra mí y el Sr. Lucca, alentando en numerosas cartas la estúpida resistencia de Leona; ¡sabe Dios lo que la escribías! No imaginabas que hablar mal de mí era escupir al cielo para que te cayera en la cara.

—Te equivocas, Jerónima. No he hablado mal de ti, y menos á Leona.

—Entonces, ¿cómo sostenías su resistencia y la guerra que á los dos nos ha hecho? ¿Sabes que en dos meses no me ha dirigido la palabra ni salió de su cuarto? ¿Quién, si no tú, había de darle alas? Si algo tenías que decir, más noble fuera venir aquí y entendernos, que no faltarian términos de avenencia.

—Dispénsame. Vine, antes de que llevaras á efecto tu proyecto (que renunció á calificar), y me echaste con cajas destempladas.

—Nepomuceno, ¡tengamos la fiesta en paz!

—Tú me has llamado, Jerónima.

—Te he llamado, pero no para discutir lo que no ha de ser discutido. E indiscutible es mi derecho de hacer mi santa voluntad. No ha sido floja tiranía la que me impusiste durante veintitantos años, esterilizando mi juventud; esclava de las apariencias, en mi toda inocente expansión pareció crimen, y para asegurar mi docilidad me pusiste una argolla al pie y me diste de guardián á la mentira. De mentiras he vivido hasta el día, feliz ó desgraciado, que se cruzó el Sr. Lucca en mi camino, haciendo mi nefanda suerte que, al romper la cadena, debiera seguir mintiendo... Hoy la verdad me muerde los labios por salir, y dejaré que salga, así estalle el mundo en mil pedazos. ¡Porque me siento tan desventurada, lo que me sucede es tan horrible!

—¡Cálmate, cálmate!, dijo Monreal asustado.

—¡Que me calme!, repitió la señora con exaltación; ¿y quién me lo aconseja? ¡El verdadero culpable, el criminal, tú, Nepomuceno! Aunque te cubras la cara con esa mancha, que parece la de tu pecado mortal, veo que te ponés pálido... Y es que aquí no se trata de una ligereza de vieja á quien se le calentaron los cascos, sino de algo que no da lugar á la risa: la rebelión de una víctima, de la mujer sojuzgada que recobra su libertad. Creías haber sofocado mis sentimientos, y que los años afirmaban tu victoria: ¡campana de egoísmo feroz! Pretendiste suprimir en mí la mujer, convertirme en una *cosa* que sólo sirviera á tus fines, y te equivocaste de medio á medio; como todo está cerrado y no hay quien escuche, voy á sacar á orear tus trapitos: es conveniente, á veces, y la desesperación, si ha de reventar por algún lado, mejor que se desborde amargamente por ahí. Ya lo creo: tarea muy fácil es acusar á Jerónima, levantarla un caramillo, ahora que la han vencido; pero Jerónima sabe defenderse, y armada de una piedra en cada mano, se las tira á su acusador, diciéndole: «¡La culpa es tuya, mal hombre, hipócrita, falso, tú que me engañaste en Catamarca, que me sedujiste y me dejaste con una hija en los brazos para casarte con otra!»

Como si hubiera sentido el golpe, D. Nepomuceno se llevó las manos al rostro. Distinguía ahora perfectamente del inquieto bulto la cabeza sin peluca, el pañuelo blanco, los ojos febriles, la boca desportillada, manando hiel...

—Dirás que eso es historia antigua, prosiguió misia Jerónima, y que bastante has hecho por enmendar tu falta. ¿Qué enmienda cabe en crimen semejante? Ninguna, ninguna. Te casaste con Socorro porque te gustaba más que yo, pues (lo que yo siento es no poderlo decir á gritos) este caballero modelo enamoraba á las dos primas al mismo tiempo.

—Pero, Jerónima, ¿á qué viene eso ahora?, dijo con humilde y sentido acento Monreal.

—A qué ha de venir sino á refrescarte la memoria, hombre, y persuadirte que *la locura* de Jerónima no es tanta que iguale tu hipocresía; para probarte que procede de muy lejos la causa de cuanto ha ocurrido. Si no te casas con Socorro... Y veamos, ¿por qué te casaste? Acuérdate bien: Socorro tenía amores secretos con Márquez, el oficial del Juzgado, Acisclito Márquez; pero como se dejaba *festefar* por ti, nadie creía que estuviese enamorada de Márquez.

Era tanta tu poca vergüenza, que nos engañabas á las dos, á Socorro de pico, y á mí con malas obras: sin duda te gustaba más Socorro que yo, porque más bonita era Socorro. ¿Por qué te hacía caso Socorro estando enamorada de Márquez? Pues porque Márquez era casado en Salta, donde vivía olvidada su mujer, y al saberlo Socorro, demasiado tarde, cedió á los consejos de su padre, el tío Tadeo, que te empujaba y alentaba. Rabias, ¿eh?, rabias sólo de pensar en tu luna de miel, que duró un par de semanas, al cabo de las cuales Socorrito alzó el vuelo con Márquez... Y no te acuerdas cómo quedó la otra prima, ¡la verdadera agraviada!, no te acuerdas de sus lágrimas, de su espantoso dolor, al tener que confesar al padre su triste estado, que si el valor no me falta y antes lo confieso, mejor fuera, porque no te casas. Pero, era yo tan estúpida y estaba tan ciega, que no dí por cierto lo del casamiento hasta que se realizó... Las horribles escenas que siguieron entre mi padre y tú y el tío Tadeo después de la fuga de Socorrito y que descubrí yo tu infamia, no son para referidas: la marejada envolvió á toda la familia; rompió mi padre con el hermano; te pegaste tú con el tío Tadeo; el hermano mayor de Socorro, Estanislao, casi te mata de un balazo, y de un palo en el hombro á poco más te desloma mi padre... ¡Ah, buen peine el primito Nepomuceno! Para que le canonicen, á él que venía tan campante á dispararme rayos y centellas, él, el indigno seductor... ¡Tira, tirate de los pelos y aguanta!

—¿Has acabado ya de dar gusto á la lengua?, articuló cada vez más sofocado D. Nepomuceno.

—Aún falta, falta lo mejor... Nos vinimos á Buenos Aires mi padre y yo, y tú detrás, puesto á matar con Socorrito, que se metió de beata en un convento de arrepentidas... Sí, ya sé que falleció ayer, ¡Dios la haya perdonado!... Pues, te viniste detrás muy arrepentido tú también, ¡oh!, y bien castigado, para que luego digan que no hay Providencia... Pero ni yo ni mi padre quisimos recibirte, no te recibimos hasta que nació Leona, y por disimular mi situación, con habilidad digna de un gran intrigante, arreglaste aquello de que la niña pasara por hermana mía, y por hija natural de mi padre, que á todo se prestó... ¡Estábamos tan pobres! Yo me presté con la condición solemne que entre tú y yo no habría más relación que la del parentesco. Tú dirás si esta condición se ha cumplido, en vida y en muerte de mi padre... Estábamos pobres y tú nos ayudaste, confieso que siempre nos has ayudado...

—¿Luego?, suspiró Monreal, cobrando ánimo. Entonces, ¿por qué este furioso rencor?

—Si no me quejo por eso. ¡Bueno fuera! Leona era tu hija y no podías echarla á los perros; no podías tampoco rechazarla, pues llevaba tu marca en la nuca, la mancha de vino desparramada en mil lunaritos. ¡Cumplías, por lo tanto, un deber vulgar, el único que has cumplido! Después que el tío Adrián hizo de mi padre un guerrero de la Independencia, para que pudiéramos comer, y el pueblo nos regaló esta finca, no necesitamos más de ti: la mentira, que era ya nuestra norma, nos sostenía, y gracias á ella salimos avante. Tú decías: ¡mentir es vivir! Y con engaños y tapujos vivimos muy bien; cada cual desempeñó admirablemente su papel en la comedia. A mí me tocó hacer el de madre y hermana de Leona y el de esclava tuya: pretendiste atarme con un compromiso...

—¡Que has violado!, resolló D. Nepomuceno.

—¡Cansada, aburridísima de tí! ¡Vamos, hombre! Veintitantos años de virtuoso encierro, de constante dedicación á mi hija, envejeciéndome como en la austeridad de un claustro, no significan nada, no disculpan y hasta autorizan lo que haya cometido posteriormente, error ó falta, ¡jamás tan graves y odiosos como los tuyos! Te digo que no te admito aquí de juez: el juez debe tener las manos limpias, y tú las traes manchadas; á una acusación tuya, te dispararé yo ciento, y te confundiré, te haré morder el polvo... Sí, pues, pretendiste atarme con un compromiso, el de que no había de casarme nunca, para que la casa y cuanto recibiera en herencia de mi padre pasara luego íntegro á Leona á mi muerte; con esto y lo que tú pudieras dejarla en testamento (que si no son trampas, no sé qué la dejarás) á la niña no la faltaría pan el día de mañana. La cláusula del traspaso de la pensión afirmó este compromiso, y me ató más que mi palabra...

—Pero saltaste por todo... Arriesgaste la pensión misma, cegada por un amor ridículo y vergonzoso á tu edad...

—¡Eh! poco á poco; no me levantes el gallo, Nepomuceno, no me irrites... Yo he luchado antes de caer, he resistido, he llorado inútilmente: lo que se creía muerto, vivo estaba y rompió vallas. ¿Q piensas que el corazón es juguete, al que la voluntad domina

y los años inutilizan? Tú, en cambio, con qué frescura y desparpajo me engañaste... ¡Ah! ¡Tú no luchaste, ni discutiste: la razón está siempre de parte de los hombres! Sus crímenes de seducción amorosa son caprichos juveniles, gracias y donaires de la edad; en la mujer, todo lo contrario. ¡Socorrito ha muerto en un convento, y yo lo menos que merezco es el manicomio! Bueno, allá iré, si te parece, junto contigo, verdugo, hipócrita...

—¿Has acabado, Jerónima?

—No he acabado... El mucho hablar me ha resentido la cabeza, pero necesitaba desahogarme. La verdad me amarga la boca, y me vienen mareos... ¡Quietó, no quiero nada! Quiero acabar de una vez, morir, si es que Dios me concede la muerte como una gracia. La atmósfera de mentira en que vivo, me ahoga, me ahoga... Por conciliarlo todo, buena discípula de tus malas artes, he mentido al Sr. Lucca: el Sr. Lucca ignora todo, todo; también el matrimonio se ha mantenido en secreto: así la pensión no se perdía... ¡Mentir es vivir! Nepomuceno...

Este se irguió, ya dueño del terreno que pisaba, y preguntó con la voz más entera:

—Me has llamado, Jerónima, ¿para qué?

—¿Para qué? ¡Ay, Dios mío!, exclamó misia Jerónima abatiéndose sobre la almohada; esta venda te lo dirá, si Leona no te lo ha dicho. Estoy en medio de una horrible crisis, y á ti acudo en defensa de lo que á Leona ha de pertenecer un día y que él intenta arrebatarla: ¡hipotecar la casa es perderla! Ya me quitó las alhajas y cuantas economías guardaba. Nepomuceno, perdona lo que te he dicho, que no por ser justo, debí decirlo... Me figuraba que vendrías á renovar los reproches de la última vez y quise parar el golpe. Estoy nerviosa, malhumorada, disgustadísima; sufro accesos de ira, seguidos de espantoso abatimiento. Discúlpame que te haya recordado aquellos sucesos, y llamado tantas cosas feas: es cierto que no eres la persona cabal que pareces, pero ¿á qué refregártelo ahora?... Aconsejame, Nepomuceno, defiéndeme, ¡sálvame! ¿Qué hago yo, si me abandonas? Es tu deber velar por los intereses de tu hija, á quien más quieres en el mundo, lo confieso y lo he reconocido siempre... Odiame, si te apetece, échame encima todos los cargos, que bien anchas son mis espaldas para soportar la injusticia, pero piensa en Leona: no se trata de mí, se trata de Leona. Busquemos el remedio á la situación: ¿sabes que ese hombre?... ¿Sabes que es tal el terror que me infunde, que tiemblo de que llegue la noche y vuelva?... ¿Salió?

—Está en su cuarto; Leona me lo ha dicho al entrar.

—¡Encerrado aún! ¡Qué extraño! A ver, Nepomuceno, acércate... Perdóname y hablemos.

—Hablemos, siempre que me prometas no insultarme y poner freno á tu lengua.

—Lo prometo. Pero, mucho cuidado con la tuya. Sobre todo no me acuses, porque entonces ya comprenderás que no había yo de callarme.

—No te acusaré, Jerónima. Y sin embargo, si me pusiera á darte el vuelto... ¡Desgraciada!

—Acabaríamos por arañarnos, pues te sacaría de nuevo á relucir tus milagros de Catamarca. Mejor será que doblemos la hoja.

—Doblémosla, Jerónima, doblémosla. Convéncete que yo no te odio, ni te quiero mal, al contrario: te compadezco, aunque esta compasión mía sea de naturaleza propia para soliviantar tu orgullo... Ya ves: mientras te has complacido en remover el pasado, me tapé con las manos la cara, porque ese lodo apesotado de mi juventud me avergüenza y humilla; si no defiendiéndome mis errores, ni los disculpo: los juzgo y condeno más severamente que tú todavía. Así los he pagado, Jerónima, y los pago, privado del derecho de llamar *hija* á ese ángel, en obsequio de tu honra y del porvenir suyo. Ojalá esta honra la hubieras tú sabido defender tan bien ahora...

—¿Empiezas, Nepomuceno?

—Iba á decirte...

—¡No me digas nada, nada!

—Bueno, sea. Pero permíteme, al menos, hacer constar que no soy el pícaro desalmado que has pintado: soy un hombre de carne y hueso, como todos; ni mejor que los que gozan fama de buenos, y menos malo que otros. Si la ocasión fuera propicia, te explicaría en qué consiste eso que llamas mi sistema de la mentira, y por qué lo considero útil en la vida social, ya que de él formas un cargo tan grave contra mí...

—Déjalo para otro día, Nepomuceno.

—Dejado está. Para que después me salgas con que te disputo y provooco... Tú misma, Jerónima, á este mal hombre le has hecho la justicia de reconocer que nunca te abandonó; que he tratado, en lo posible, de remediar el daño, y que he sido para Leoncita, en secreto, el padre cariñosísimo que ha-

bría deseado parecer en público. Y si este cariño profundo no existiera y este interés por vuestro bienestar y felicidad, ¿me hubiera preocupado de coartar caprichos, de vigilarte y de aconsejarte, Jerónima? ¿Qué me daba a mí que te casaras y perdieras la pensión? ¿Por qué me opuse tenazmente desde un principio y llegué a romper contigo? ¿Por qué he sufrido tanto en estos dos meses, viendo tu desatinada conducta y los perjuicios y sinsabores que a Leona le ocasionaba? ¿Porque no tengo para amar otros seres que tú y ella, y en el derrumbamiento que me quitó familia y hogar, y que has recordado con tan mala fe, sólo me restasteis vosotras, ella sobre todo!

Ahogósele la voz a D. Nepomuceno, y misia Jeronima le oyó suspirar. No hablaron en largo rato, armisticio muy eficaz para que compusieran y serenaran el ánimo uno y otro, acometiendo valerosamente el importante asunto que les había reunido. Y dijo misia Jeronima, con flaco y compungido acento:

—Acércate, Nepomuceno: hablemos de eso. Ayer le escribiste a Leona no sé qué... Explicáte. ¿Hay arreglo para ello? ¿Cómo salgo yo de este berenjenal?

—En verdad, Jerónima, que antes de dar mi opinión, contestó Monreal muy despacio y temeroso, deseo que me digas cuáles son tus intenciones respecto de ese hombre.

—¿Mis intenciones? Las peores, las peores. Le aborrezco. El golpe de anoche me ha servido para recuperar la razón. ¡Quiero separarme de él, arrojarle de casa!

—Perfectamente. Facilitas el camino de mis revelaciones, que me costaría mucho más hacerlas si tus ideas fueran otras; pero que, a pesar de todo, hubiera hecho. Aunque no me llamas, iba a venir hoy, arrojando tu cólera.

—¡Nepomuceno, por Dios! Mis sospechas son horribles... El no ha sabido excusarse... Ya me previno el doctor Barbado que...

—Te suplico que te calmes. Oigas lo que oigas, te aguantas. Nada de alborotos. Y cuando te enteres de todo, resolverás lo que la dignidad te dicte y pida la justicia. Con una advertencia más, Jerónima: que si tu resolución no es la que debe ser, yo tomo cartas en el asunto para arrancar a Leona de tu lado. ¿Estamos conformes?

Incorporóse en el lecho misia Jeronima. Monreal sintió cerca de sí su aliento febril, y sobre su mano la de ella, helada y húmeda.

—Habla!, murmuró la señora angustiosamente. ¡Habla de una vez! Quiero saberlo todo... Tendré calma... Aunque me partas el corazón en pedazos no gritaré, no chistaré... Estuviste en la ferretería, ¿verdad?

—Sí.  
—Bueno; ¿y qué?  
Vaciló aún Monreal y atusó gravemente su perilla. La prima esperaba, retorciendo sobre la colcha sus dedos nerviosos.

—¿Qué?, ¿qué?, insistió, notando el paréntesis embarazoso de D. Nepomuceno. ¿Temes soltarlo? Por malo que sea, te juro que no me asustará... ¡Hiere, estoy pronta!.

—En la ferretería de Barbarossa, comenzó Monreal con apagada voz, hay dos dependientes.

—Pietro y Giacomino. Del apellido no me acuerdo. Adelante.

—Eso es: Pietro Calli y Giacomino Verola... Pues desde que tuve conocimiento de tu aventura con el caballero Lucca, pensé adquirir informes suyos que me dieran la explicación de lo que tan sospechoso y turbio me parecía. Apenas descansé en averiguar de qué casta de pájaro era este florentino, introducido con escándalo en el nido del Caballito, donde reposaba tranquilamente mi Leona..., pero sin mejor resultado que si lo preguntara a las estrellas. Nadie conocía al *signor* Fortunato Lucca, de Florencia. Dirás que lo derecho fuera avistarse con Barbarossa y los Neros, sus patronos; mas ¿qué habían ellos de declarar sino sus excelencias de carácter y de familia? Sin duda que llegaban a certificar que jamás rompió un plato ni mató una mosca. Por esto, me excusé de ir a la ferretería. Corrieron los días, tan amargos como puedes suponer, y el enigma del señor Lucca me preocupaba cada vez más; ¿quién me encontraba noticias del Sr. Lucca? Porque si eran tales cual yo sospechaba, podían arreglarse las cosas de modo de alejarle (siempre que no te opusieras, naturalmente), bien tapada la boca para que no divulgase lo del matrimonio secreto, y mantenerle alejado con una pensioncita mensual... En fin, que no recuerdo ya qué disparates imaginaba yo, hasta que el penúltimo día de mayo me levanté con la idea firmísima de ver a Barbarossa.

—¿Y viste a Barbarossa?  
—Ni a Barbarossa, ni a ninguno de los Neros, que no estaban en la tienda cuando entré. Estaban solos ambos dependientes, y a uno de ellos, creo que a

Giacomino, me dirigí para darle cuenta de mi embajada; apenas dije Lucca, los dos se enfurecieron y le llamaron *briganti*, embrollón, con otros mote análogos y tan honrosos. «Me hacen ustedes el favor de explicarme...» les rogué. «Todo lo que usted quiera, me contestaron; el Fortunato es un pillo, nos ha engañado y no merece que le guardemos las espaldas. Nos prometió regalarnos mil nacionales a cada uno por nuestro silencio, y no nos ha dado más que cincuenta...»

—¡Ay!, exclamó misia Jeronima, ¡qué pícaro! ¡Bien que me los sacó con ese pretexto!

—Pues no les dió más que cincuenta y estaban los dos trinando contra él. «Venga usted a la trastienda, me dijo Pietro, y le contaré cosas que le pasarán. ¿No es usted de la policía? Mejor, porque entonces no desembuchaba nada: si la policía mete la pata... Siendo de la familia castigará, arrancándole las orejas, al sinvergüenza de Fortunato. ¿Nos promete usted no descubrirnos?...» Les prometí cuanto pidieron y pasé con Pietro a la trastienda; Giacomino se quedó al cuidado del mostrador.

Calló de nuevo Monreal, pagando la perilla la cuenta de sus vacilaciones.

—Pasaste con Pietro a la trastienda, insistió ahogándose misia Jeronima; ¿qué te contó Pietro? No me sirvas a gotas el veneno...

—Me contó las mayores perrerías del Sr. Lucca, repuso D. Nepomuceno continuando el relato como quien recorre un pedregoso y empinado camino, que si era un tal y un cual, que si tenía ó no una querida en un café ó bodegón del paseo de Julio...

—¿Una querida! ¿De veras? ¿Una querida?

—Si empiezas a exaltarte, me callo... En el paseo de Julio, una genovesa que se llama Assunta...

—Jamás le vi bajar al paseo de Julio. Y yo le he seguido a todas partes, dejándole siempre a la puerta de la Bolsa.

—La Bolsa tiene dos puertas, Jerónima, y ha podido entrar por la de la plaza y salir por la calle de la Piedad, ó viceversa.

—Es cierto, es cierto. Bien puede ser... ¡Infame! ¡Infame!.. ¿Tendrá esa señora Assunta respingada la nariz, flequillo muy hueco y aire de descarada, como la de cierto cartón?..

—No sé; ya comprenderás que lo que menos me interesaba a mí era la nariz de esa señora Assunta. Los datos que aquel bribón iba dándome, estimulando por su despecho, eran tan importantes, que servía a mi curiosidad sin la molestia de preguntas ni rodeos: él habló por los codos y yo le escuché hasta la última sílaba, pasando de la estupefacción a la cólera y de la cólera a la amenaza... Porque ¡ay, Jerónima! ¡Desgraciada Jerónima!

—¿Quieres matarme, Nepomuceno? ¿Acabarás?  
—Que me cuesta decírtelo... No te imaginas la indignidad... Pero te lo diré, que a eso he venido.

Respiró con trabajo, sin duda de la fatiga de la pendiente. Y más quedo, escogiendo las palabras, voltejeando alrededor del punto dificultoso, cosió estas nuevas frases a su relato:

—Lo de la Bolsa es otra de sus grandes mentiras: no hay tal juego de Bolsa, sino el vulgar y arrastrado de los naipes en la timba de la señora Assunta, de modo que al paseo de Julio han ido a parar tus alhajas, tus economías, y fuera a parar también la casa esta en forma de hipoteca, si el amor de Leona no te ayuda a resistir y te salva. En cuanto a la confabulación, ¡y qué tenebrosa y bien urdida!, me ha declarado Pietro que el alma de ella fué Lucca, entrando todos, los Neros y Barbarossa por burla y espíritu de broma, él y Giacomino por interés: acaso a Nero el joven le impulsara también el interés, pues contaba explotar junto con Lucca a la vieja de Pérez Orza... Así te llaman, hija, y no debes ofenderte... Otros motivos no te faltarán para ofenderte é indignarte, como yo, más que yo. ¿Con qué palabras referirte ó explicarte en qué consistía esta confabulación inicua? Mejor será hacerlo con las menos posibles y las más sencillas... Llegaste tú aquel día de marzo en carruaje a la ferretería, donde recogiste a Fortunato Lucca, a Barbarossa y a Nero el viejo; Felipito, con Pietro y Giacomino, los dos obligados testigos, les esperaban a ustedes en la calle de la Reconquista. Parece que, ya en el camino, tú observaste que habían olvidado de designar una madrina, a lo que Fortunato expuso que no era indispensable llevar madrina, porque con la firma del padrino, Nero el viejo, y los otros testigos, bastaba; que, para mayor seguridad, podía firmar también Barbarossa: así, por escasez de firmas, el certificado de la ceremonia no había de ser invalidado... ¡Y mientras ibas tú cándidamente al lugar de la cita, Felipito Nero, con unos hábitos de franciscano, procurados no sé dónde..., con unos hábitos de franciscano disfrazaba a su criado..., disfrazaba a su criado de padre Anselmo!

No fué grito, sino alarido feroz el que arrojó misia Jeronima. Se desplomó en la cama con epilépticas contracciones, sin modular palabra, gimiendo de dolor, clavado el puñal en las entrañas. D. Nepomuceno decía, confuso y apenado.

—Calma, Jerónima, calma, ¡por Dios! Ya te lo advertí y tú me lo prometiste... No había más remedio que decírtelo de alguna manera, y por más vueltas que le diese... Ahora estoy satisfecho de haberlo soltado, me incomodaba como un tumor doloroso, que reclama el auxilio del cirujano. Ya reventó, ya reventó, Jerónima. Serénate. Discutamos tranquilamente lo que hacemos con ese hombre... Nada de mezclar a la justicia, que sería el gran campanazo... En silencio, Jerónima, en el más absoluto silencio. Cálmate, que no se entere nuestra Leona...

Más que a las advertencias de Monreal, se rindió misia Jeronima al cansancio de la violenta tensión en que su espíritu estuvo durante prolongado rato, y lloró, lloró su deshonra y el humillante desengaño. Dejó el contristado primo que se desahogara libremente, intercalando de tiempo en tiempo, cuando arreciaban los sollozos, breves palabras de consuelo:

—¡Calma; sobre todo, calma! Lo que tiene remedio, se remediará... El llanto alivia... Lloro, hija, que te sobra razón para llorar... No quisiste escucharme, llevada de tu injusto rencor contra mí...

La señora gemía sordamente. ¡Infame! ¡Si se lo daba el corazón! Y ellos... Como a un niño de la escuela! ¡Canallas! ¡Canallas! ¡Qué castigo! ¡Bajo las garras mismas de la mentira había caído!.. ¡Sí, sí, el de la risita era el falso padre Anselmo! Lo veía todo tan claro... Las revelaciones de Pietro eran ciertas, ¡ciertas! ¿Dónde estaba el hoyo más hondo de la tierra para esconderse?

—No, no hay tal matrimonio secreto, pobre Jerónima, decía D. Nepomuceno como quien repite una letanía; ¡y ese hombre te ha engañado miserablemente!

Misia Jeronima sollozaba; y de pronto se arrojó del lecho, descompuesta toda, con la enagua y la ligera chambra que vestía, descalza y vacilante. Monreal se precipitó a detenerla.

—Jerónima, ¿adónde vas?

—¿Adónde?, dijo ella con extravío, a matarle, a descuartizarle en pedacitos menudos, que tiraré luego por la tapia. Verás, verás. Bonita venganza que concebí el día de mi primera sospecha. ¡Infame! ¡Verás, verás! ¡Oh, te juro que no se sentirá el menor ruido! Está en la ratonera...

Entre tanto se calzaba de prisa, pasaba una falda sobre la enagua, echaba un mantón sobre los hombros, y en la cabeza, que afrentaba la calvicie, un pañuelo recogido del armario con tanteos de ciego. Monreal, decididamente, se le puso delante; no, no consentiría en que saliera de la alcoba, ¿qué disparates decía? ¿Estaba en su juicio? Eso no era lo conveniente: lo conveniente y lo razonable era que, ahora que sabía todo, resolviera lo que debía de hacerse y la forma en que esta resolución se comunicara al otro... Le arrancó el mantón, al mismo tiempo, y forcejeó con ella, cada vez más exaltada.

—Porque si no, ¡valiente algarada en el barrio, Jerónima! Ya me parece que suben a su observatorio las vecinas, y las Cadenas se ponen a la ventana, y que todas, todo el mundo se entera de tu vergüenza. ¿Sabes cómo ese hombre va a recibirte? Se resistirá a tu orden de desalojo inmediato, lo único, en mi opinión, que debes hacer. Pero no así, con violencia. Ya encontraremos la fórmula... Hay que echar tierra a este asunto, Jerónima. Lavemos en familia esta ropa sucia. Trae acá. ¡Quieta, quieta!

Resistía misia Jeronima a las razones y a los esfuerzos de D. Nepomuceno. Este hubo de devolverla el mantón, porque ella le amenazó con golpearle si no se lo daba. Y como en la lucha se le cayera la venda, apareciendo la sangrienta herida, ella se enfureció más, pugnó con Monreal por salir.

—¡Déjame! Te digo que me dejes. Pero, ¿crees en que de veras voy a matarle? Desgraciadamente, con mis años no lo conseguiría, y no tengo otra cosa: mira, regístrate, no tengo otra. Déjame pasar, no seas terco, gritaré si no me dejas...

No cedían ni uno ni otro, enloquecida misia Jeronima y bramando Monreal. Y en esto, la dulce voz de Pantaleona sonó en el jardín como arpegio melódico:

—¡Jerónima! ¡Nepomuceno! ¿Me permiten ustedes que entre?

—Entra, sí, entra, contestó Monreal, satisfecho de la celeste intervención.

Huyendo de la luz y de la vista de la joven, misia Jeronima se refugió en una butaca, tapándose toda con el mantón, y murmurando:

—¡No entres, no entres!

(Continuará)

## FEDERICO CHOPIN

«¡Descubrirse, señores!.. ¡Un genio!» En estos términos presentó en 1831 Schumann, en los comienzos de su carrera de crítico, á Chopin al mundo musical. Roberto Schumann, como es sabido, alternó durante mucho tiempo sus composiciones con las críticas de las de sus colegas. El Chopin á quien saludó en 1831 y ante cuya «superioridad inclinó la cabeza,» era autor de las variaciones sobre el duetto de *Don Juan*, de Mozart, *La ci darem la mano*, su obra 2. «¡Una obra 2 y ya cuánta autoridad!—exclamaba Schumann.—Pero también, ¡cuánta juventud, cuánta inspiración, qué impresión de frescura y de novedad deja en el oyente!»

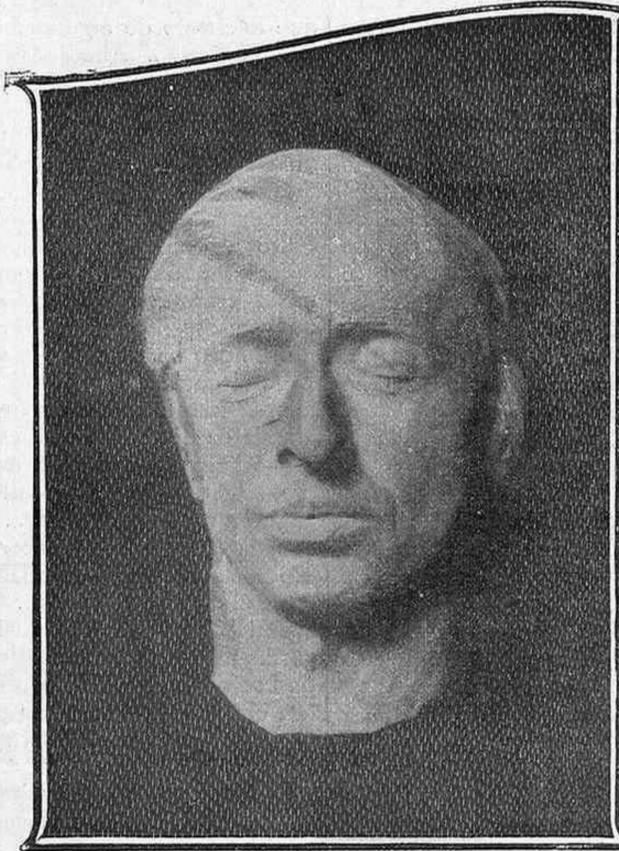
Federico Chopin tenía entonces veintiún años: había nacido en 22 de febrero de 1810 en Zelazowa-Wola, población distante unas veinte verstas de Varsovia, y aunque hijo de padre francés, era polaco de corazón. Por esto, si bien las circunstancias lo llevaron á la patria de su padre, la de su madre y suya fué siempre su ideal viviente, el manantial de sus inspiraciones, el foco de todas sus energías.

Su educación fué muy esmerada y nadie puso obstáculo á su vocación musical. Cítanse algunos rasgos de su niñez que podrían compararse con los recuerdos personales con tanto humorismo referidos por

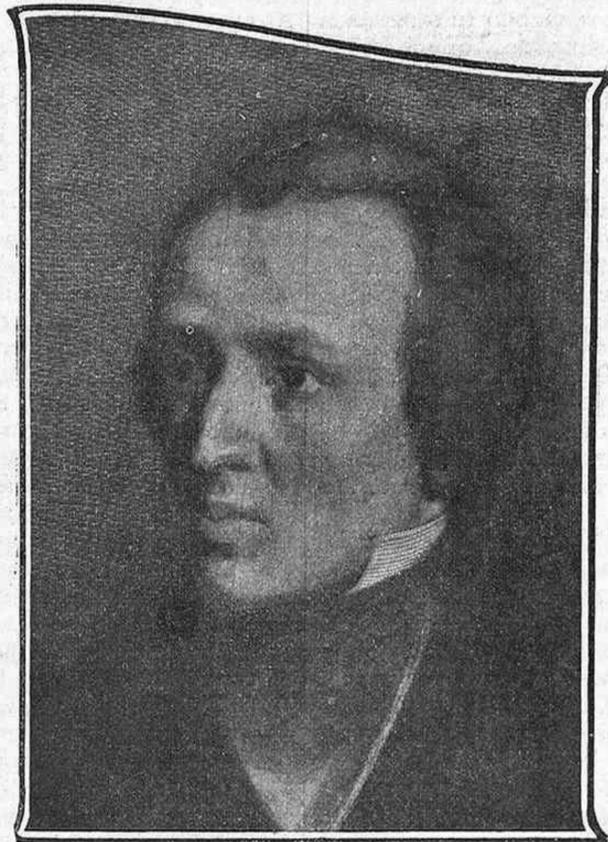
voluptuosidad dolorosa; sus ojos se llenaron de lágrimas y su pequeño pecho apenas pudo contener los sollozos. Creyóse de pronto que Federico sentía una aversión nativa hacia la música, lo que afligió mucho á su madre, porque el amor á la melodía casi siempre revela un alma sensible y enamorada de lo bue-

A pesar de todo, el niño entró en el liceo, pero estuvo allí poco tiempo, pues el régimen de colegio no se avenía ni con su carácter ni con su complexión delicada y casi femenina. Muy pronto comenzó sus excursiones artísticas: Elsner le aconsejaba que las emprendiera y la revolución de Polonia le obligó á realizarlas. En 1829, le vemos en Viena, en Teplitz y en Dresde; pero una pasión que sentía por una joven cantante, Constanza Gladkowska, le impulsó á volver á Varsovia, de donde, sin embargo, hubo de partir de nuevo, dirigiéndose entonces á Breslau y otra vez á Dresde y á Viena.

En 1831 visitó París, y esta es una fecha memorable en la vida de Chopin. La primera impresión que en él produjo aquella capital fué de verdadero deslumbramiento; pero pronto llegaron los desencuentros, y el joven pianista no tardó en encontrarse solo y extraño en la gran capital. Una visita á Kalkbrenner, que se ofreció con cierta altanería á tomarlo por discípulo, acabó de desconcertarle: el eminente maestro exigía tres años de estudio, mas claramente se veía que su propósito era imponerse como profesor á



MASCARILLA DE CHOPIN, tomada después de su muerte por Clesinger



RETRATO DE CHOPIN hecho por Antonio Colberg en 1847 ó 1848

no; mas no tardó en verse que el llanto del niño era simplemente el desbordamiento de una emoción que no podía expresar. Muy pronto, como si se diera cuenta de que los demás no lograban comprender la emoción que oprimía su alma, reprimió sus lágrimas.

Un día le sorprendieron escondido debajo del piano escuchando las vibraciones de las cuerdas al ruido de los pasos y de las voces, y desde entonces el niño, cogiendo dulcemente á su madre, le indicaba las teclas; y en vez de jugar y saltar con los demás muchachos, sentábase en una silla baja y con su rubia cabecita entre las rodillas de su madre, escuchaba á ésta durante horas enteras. Una noche, su aya le vió de pronto dejar la cama y dirigirse descalzo y en camisa al salón; y ¡cuál no sería su asombro oyendo á Federico tocar los bailes que su madre ejecutaba!..»

A la edad de seis años fué confiado al pianista tcheque Zywny, y como uno y otro sentían por el piano verdadera pasión, los progresos del discípulo fueron rápidos, casi prodigiosos. Más adelante aprendió Chopin composición con el director del Conservatorio de Varsovia, Elsner, quien no vaciló ni un instante en la elección del camino que había de hacer seguir á un talento organizado como el de Chopin. «Es de la raza de las águilas—decía,—enseñémosle las regiones sublimes y sigámosle en su vuelo mientras nos quede aliento...»

La reputación de Chopin comenzó en los salones. Locamente mimado por la alta sociedad polaca, y muy particularmente por la princesa Czertwintka, fué presentado á un gran *dilettante*, Mecenas generoso y de gusto exquisito, el príncipe Radzivil, cuya

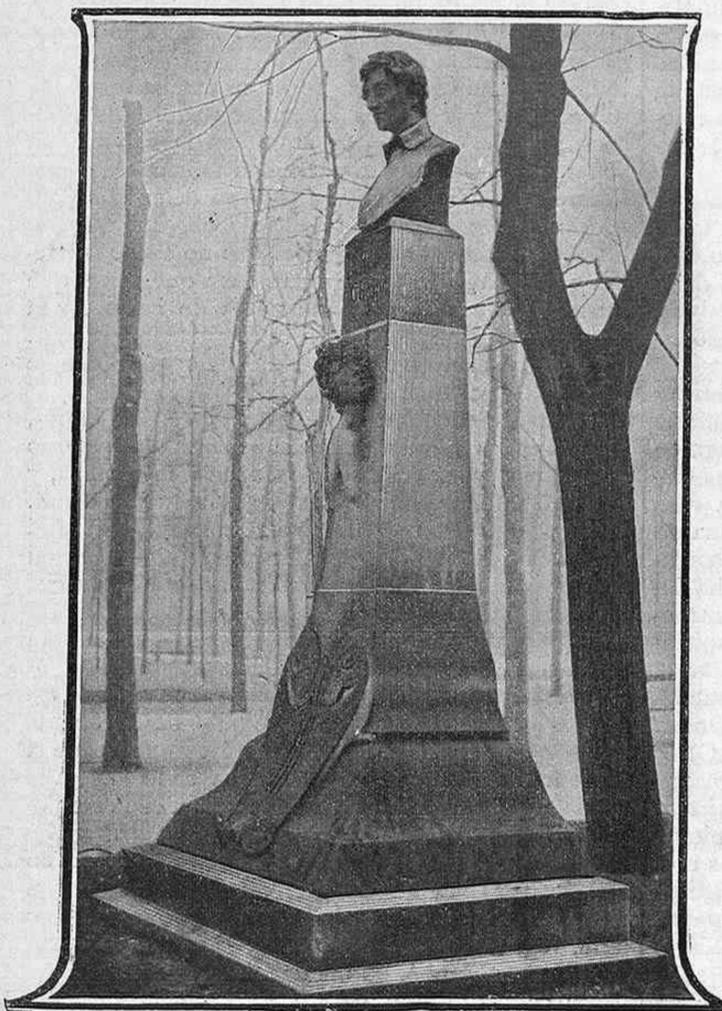
influencia sobre el joven artista fué verdaderamente fecunda. También logró agradar al gran duque Constantino, de aspecto más rudo, causando gran sensación la conquista que de un hombre como él hiciera el pequeño pianista.

un rival peligroso. Afortunadamente Elsner pudo fácilmente convencer á Chopin de que no necesitaba lecciones de nadie.

El joven concertista que había debutado en los salones, en los salones había de conquistar su fama. Su primer concierto organizado en la casa Pleyel en 26 de febrero de 1832 tuvo muy escaso éxito; en cambio, cuando el príncipe Valentín Radzivil, á quien encontró por casualidad, le llevó á casa del barón Rothschild, la fiesta en su honor organizada fué para él un triunfo colosal. Y el desconocido de la vispera recibió al día siguiente tantas demandas de lecciones y tantas invitaciones, que no había manera de atender á todas.

El período de 1831 á 1836 es quizás el más feliz de la existencia de Chopin. El artista se encontró de pronto en su elemento, en esa atmósfera de gran mundo y de riqueza para la que parecía haber nacido. Derramando el dinero á manos llenas siempre que se trataba de servir á sus compatriotas, de alojarlos y de festejarlos, daba grandes recepciones, iba á todas partes, componía, ejecutaba, y en una palabra, se hacía célebre. Elsner hubiera querido ver algo más importante que las piezas publicadas por su antiguo discípulo, alguna obra de grandes alicientos, una ópera, por ejemplo; pero ¿cómo habría podido escribirla con la vida de agitación continua que llevaba?

Por aquel entonces emprendió Chopin algunos viajes. Así en 1834 le encontramos en Aquisgrán, en donde Mendelssohn le recibe con los brazos abiertos



MONUMENTO Á CHOPIN en el jardín del Luxemburgo de París, obra de C. Dubois

Hoffmann en sus Kreisleriana; pero así como Hoffmann vivía en una familia de rígidos y escolásticos magistrados protestantes, la existencia de Chopin se deslizó en una atmósfera de dulzura y de simpatía entre sus padres, sus tres hermanas y los alumnos de su padre. «Al escuchar las primeras notas que hirieron sus oídos—dice el conde Wodzinski,—estremecióse todo su ser bajo la impresión de una especie de

*Comme cette terre m'étouffera  
je vous conjure de faire  
ouvrir mon corps pour que  
je sois enterre vif*

AUTÓGRAFO DE CHOPIN

«Comme cette terre m'étouffera, je vous conjure de faire ouvrir mon corps pour (que) je (ne) sois pas enterré vif.»

y con una admiración cordial que se refleja en sus cartas. «Te aseguro—escribe á su hermana Famy,—

que su ejecución me ha cautivado más de una vez; es profundamente original y al mismo tiempo ¡es tan artístico! No vacilo en llamarle un virtuoso consumado. He sentido un placer inmenso encontrando al fin un verdadero músico que sigue el camino que él mismo se ha abierto...» También fué á Karlsbad para ver á su padre, y á Leipzig para visitar á Schumann. En 1835 estuvo en Dresde y en Marienbad, de donde regresó á París con el alma dolorida á causa de no haber podido realizar su matrimonio con la bella y bondadosa María W., que había sido el amor de su niñez, por haberse opuesto á ello los padres de su amada.

Una realidad más apasionada, más absorbente, había de combatir aquel sentimiento, aunque para dejar también más adelante á Chopin desengañado, herido en lo más hondo de su corazón, desamparado. Me refiero á sus amores con Jorge Sand.

A poco de volver Chopin de Londres, en donde había buscado inútilmente distracción á su dolor, Jorge Sand, en un concierto celebrado en casa de la condesa Martiani, encontró la ocasión, durante tanto tiempo esperada, de expresar al artista su apasionada simpatía y de hablarle de su arte como nadie en el mundo le había hablado hasta entonces. Tenía la eminente escritora treinta y cuatro años, seis más que él, y se hallaba en toda la madurez de su belleza y de su elocuencia.

Aquella última novela de Chopin duró ocho años, que fueron en un principio de embriaguez y luego de enfermedad. Desde fines de 1838, fué preciso buscar los climas cálidos, y la enamorada pareja se estableció en la antigua Cartuja de Valldemosa, en la isla de Mallorca; mas en su breve estancia allí no

mejoró la salud de Chopin, que al fin regresó á París.

Nunca estuvo más activo que en aquella época, y á pesar de sus ideas tristes, lo propio en París, que en Berri, que en Nohant, le vemos lleno de entusiasmo y de inspiración.

¿Por qué la gran Jorge, después de haber cuidado

las lecciones, y sólo pudo librarse de la miseria gracias á la abnegación de sus discípulos y de sus amigos, quienes hicieron algo más que auxiliarle pecuniariamente. En efecto, Chopin vivió hasta el último momento rodeado de profundos y delicados afectos, y su alma creyente y resignada pudo de este modo

mirar tranquilamente la muerte que se acercaba. En brazos de aquellos amigos leales y cariñosos exhaló Chopin su último aliento en la madrugada del 17 de octubre de 1849.

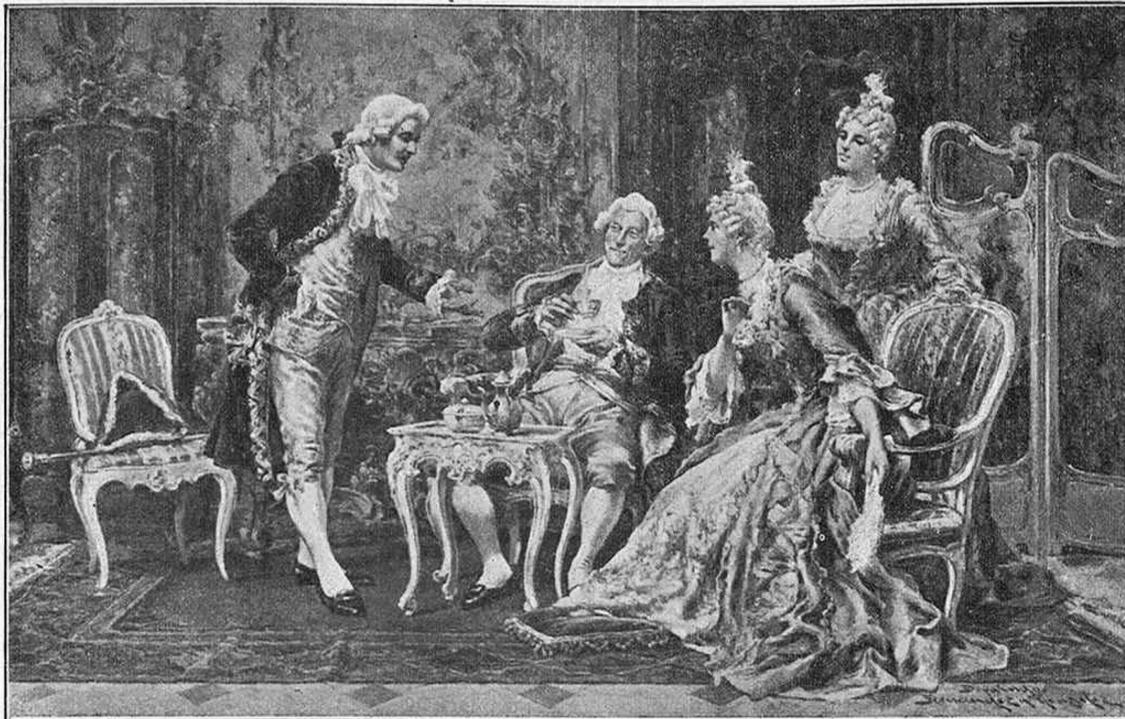
En su tumba del cementerio del Padre Lachaise, en donde quiso que descansaran sus restos al lado de los de Bellini, echóse un poco de aquella tierra natal que se había llevado veinte años antes, como recuerdo de la patria ausente.

No hemos hablado en este sucinto estudio de la música de Chopin: es imposible en unas pocas líneas caracterizar su estilo ni decir cómo debe ser interpretado. Pocas composiciones han estado más sujetas que las suyas á las contradicciones y á los errores de criterio. Sólo ha dejado ochenta y seis y escritas únicamente para

piano; pero estas ochenta y seis obras han dado más que hablar que centenares de otros compositores.

Sensible es que no produjera mayor número y sobre todo que no ensanchara su campo musical; pero, como decía Schumann, después de hacer constar esto mismo, tomémosle tal como es, que ya es bastante bello. Y digamos, para terminar, con el mismo Schumann: «Se reconoce á Chopin hasta en sus silencios, en su aliento apasionado. Es el genio poético más atrevido y altivo de la época.»

ENRIQUE DE CURZON.



Velada agradable, cuadro de Domingo Fernández y González

tan bien á «su querido niño,» había de contribuir á torturarle el alma? La ruptura, que otros se complacieron en agravar, fué muy pronto decisiva. Fué además punto menos que mortal para el artista, quien, después de una terrible crisis nerviosa, estuvo dos meses entre la vida y la muerte. Restablecido de su enfermedad, permaneció una temporada en Londres (1848): aquel fué el canto del cisne de su genio; allí obtuvo sus últimos triunfos, que no bastaron á disipar su negra melancolía y que agotaron sus postreras energías.

De vuelta en París, en 1849, hubo de dejar todas

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.  
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD** Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Envaso 5 fr.

**PUREZA DEL CUTIS** en Paris

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. B<sup>is</sup> St-Denis, 16

**GARGANTA**  
VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamraciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs FREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio : 12 REALAS.

Verificar en el rotulo a Arms

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES**  
**ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**Reumáticos y Gotosos!**  
Tratado de curarlos con la Legítima

**PISTOIA**  
PLANCHE  
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)

No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.

**CURA la GOTA**  
el Reumatismo, el Artritis, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.

Verificar en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**LA SAGRADA BIBLIA**  
EDICIÓN ILUSTRADA  
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

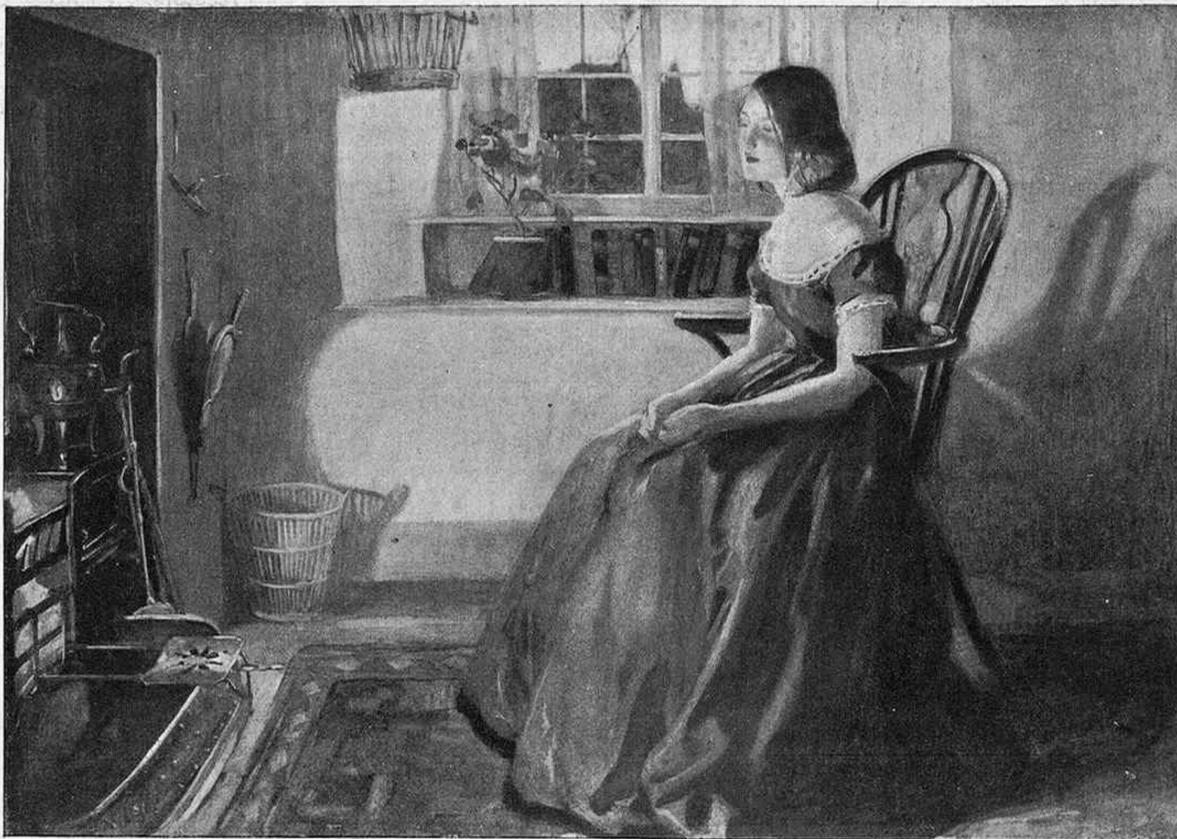
LES PLAQUES ET PAPIERS  
**JOUGLA**  
SIEMPRE SON INMEJORABLES

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN  
por autores ó editores

LECCIONES DE FILOSOFÍA ELEMENTAL, por José Arbaiza. — Gallarda manifestación de los conocimientos que posee es el interesante libro que ha publicado en Lima el director del notable Instituto Bolognesi, prestando un señalado servicio, que han de agradecerle, en primer término, aquellos que se dediquen al estudio de la filosofía, ya que en las doscientas veinte páginas que integran el libro se hallan comprendidas todas las enseñanzas en forma clara y precisa, propia para facilitar su estudio y comprensión.

ALBORES, por Mercedes Puigato Crespo. — Bien merecen la primorosa edición con que han visto la luz pública las poéticas composiciones de la inspirada poetisa argentina. Todas y cada una de ellas atestiguan el delicado sentimiento y los elevados ideales que imperan en el espíritu de su autora, que á falta de otras producciones demostraría con las ahora publicadas que bien merece figurar en el número de las escogidas. El libro *Albores* honra á la tipografía argentina y en particular á la de J. Benaprés, de Santa Fe.



Junto á la chimenea, cuadro de María Young Hunter

EL APRENDIZAJE, por José M. Matheu. — Nueva muestra de las aptitudes que posee para la descripción de cuadros y representación de tipos ofrece el ya distinguido novelista por medio de la obra que mencionamos. En ella se acredita una vez más como discretísimo observador, ameno estilista y conocedor de las bellezas del lenguaje. Las descripciones y escenas revelan ingenio y un humorismo sano que interesa y cautiva. El libro á que nos referimos ha sido impreso en Madrid en la tipografía de A. Marzo y se vende á dos pesetas cada ejemplar.

EL LIBRO DE LAS TIERRAS VÍRGENES, por Rudyard Kipling. — El conocido editor Gustavo Gili ha publicado la versión española, cuidadosamente llevada á cabo por el distinguido escritor Ramón D. Peris, de la celebrada producción de Kipling. El extraordinario éxito alcanzado en Inglaterra por este curiosísimo libro, nos releva hasta cierto punto de llamar la atención acerca del mérito que atesora. Bastará consignar que maravilla la fantasía del autor y tanto como ella la labor concienzuda é irreprochable del traductor. Ilustran la obra numerosos dibujos ejecutados por Triadó y vendese en todas las principales librerías.

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
Jarabe sin narcótico.  
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.  
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS  
FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,  
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exíjase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exíjase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exíjase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL DE LOS DRES**  
**JORET-HOMOLLE**  
CURA  
LOS DOLORES, REÍARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
SOBERANO CONTRA  
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Glorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**VINO AROUD** (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de : Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

**ENFERMEDADES de la PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones y neficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

**VINO NOURRY**

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

**ANEMIA  
DEBILIDAD  
LINFATISMO y  
ENFERMEDADES  
del PECHO**

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILYORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SPIÓN